





**- Agua y Poblamiento en el corredor de Almansa**

**José Luis Simón García**

Instituto de Estudios Albacetenses



El presente trabajo parte ampliamente de otro anterior (Simón y Simón, 2018), el cual fue la base de la ponencia que se incluyó en las Jornadas de Estudios Locales de 2022, sin embargo, hemos querido ampliar el primigenio texto con nuevas aportaciones y reflexiones sobre periodos o lugares que refuerzan y rubican la idea central de estos trabajos, la dependencia absoluta del abastecimiento hídrico para las comunidades humanas que han poblado el Corredor de Almansa y los múltiples usos que de ellas, ya sea dulces o salobres, han hecho dichas comunidades a lo largo de los diferentes periodos y procesos culturales que se han ido sucediendo en el tiempo.

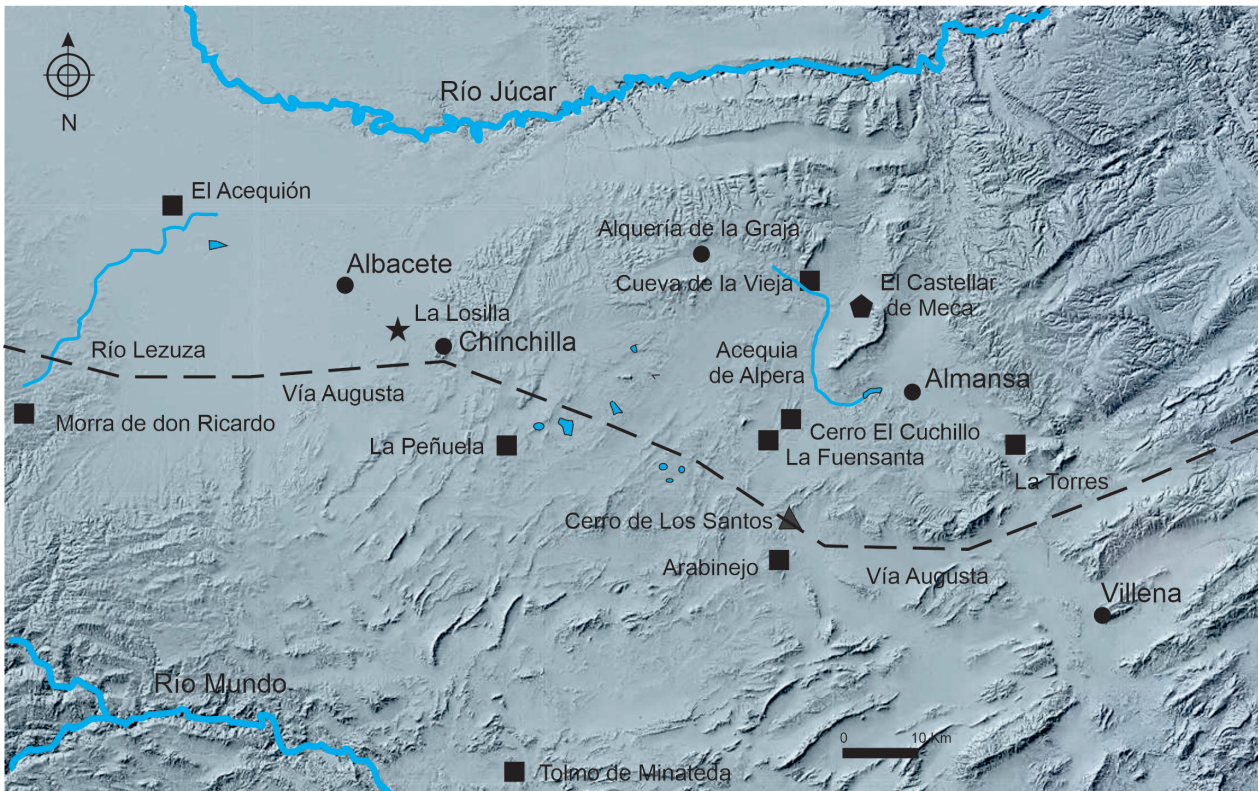
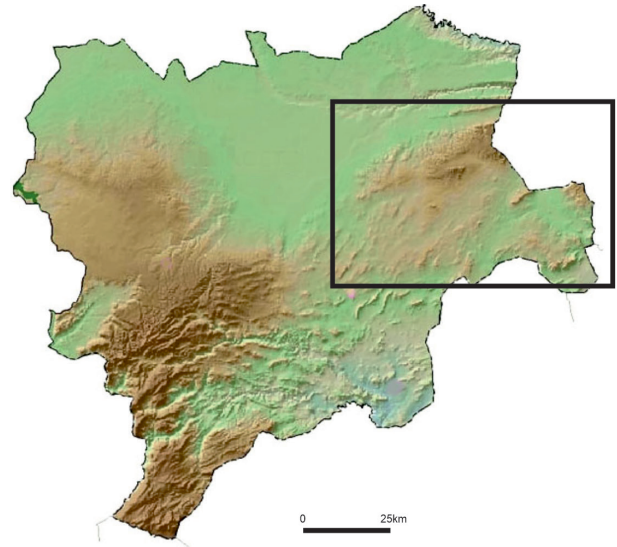
## 1. EL AGUA INEXISTENTE

Seguir el ciclo del agua en todas sus variantes nos permite viajar por los tipos y cambios acontecidos en los modos de vida de un territorio, por lo que su estudio en el ámbito territorial que nos ocupa durante las últimas décadas nos condujo por un camino en el que se muestran las estrategias adoptadas por los grupos humanos para sobrevivir y mejorar sus condiciones de vida. El sureste, y más concretamente el sector oriental de la actual provincia de Albacete, se caracteriza por un clima mediterráneo en transición al continental, en el que las precipitaciones son más bien escasas, dando lugar a unos nichos ecológicos muy concretos, en el que el recurso hídrico ha condicionado los lugares y tipos de asentamientos de las comunidades humanas, las posibilidades de aprovechamiento del medio natural y las actividades económicas a lo largo de todo el Holoceno, desde la Prehistoria hasta la actualidad.

El ámbito concreto del presente trabajo son las tierras orientales de la actual provincia de Albacete, delimitadas al norte por el Cañón del Júcar y el Valle de

**- Figura 1 -**  
Situación del  
área de estudio y  
emplazamientos de  
los yacimientos y  
elementos citados en  
el texto. J.L.S.

Ayora-Cofrentes, por el sur el altiplano murciano y el campo de Hellín, al este el Puerto de Almansa y las cabeceras de La Costera y el Vinalopó y al oeste por los llanos de Albacete. Este territorio sin llegar a ser uniforme presenta una cierta homogeneidad en muchos de sus aspectos geográficos, por lo que se convierte en un lugar idóneo para fijar el foco sobre los condicionantes y las formas de aprovechamiento que del agua han hecho sus habitantes a lo largo de la Historia.



Se trata de un territorio de transición entre el litoral mediterráneo y el borde de la Meseta Sur, donde se mezclan y aúnan elementos de ambos dominios geográficos. Sin que podamos considerarlo como un valle o pasillo continuo, permite el tránsito entre el litoral mediterráneo con el centro de la Meseta Sur, empleando el Valle del Vinalopó, el Altiplano de Yecla-Jumilla y en menor medida la Costera valenciana, que nos conduce a los Llanos de Albacete y de ahí hacia la Alta Andalucía, la Serranía conquense o el corazón de La Mancha.

La disposición mayoritaria de los relieves, al menos en su mitad sur, es esencialmente de suroeste a noreste, lo que les adscribe a los últimos dominios septentrionales de las Prebéticas, mientras que los relieves de la mitad norte, con una dirección noreste a suroeste les vincula a los últimos dominios meridionales del Sistema Ibérico. Entre ambos se abren valles, como el de Almansa, fosas como las de Corral Rubio o la de Higuera-Alpera, depresiones terciarias o triásicas, como las de Fuente La Higuera-Caudete y hoyas consecutivas, como las que se desarrollan hasta Chinchilla. Es un espacio esencialmente llano que desde la Prehistoria fue utilizado como una zona de tránsito de personas, animales y ganados. Esto no significa, como algunos investigadores han querido ver, que sea una zona exclusiva de paso, sino que se ha visto favorecida por la dificultad de tránsito de otras áreas colindantes, como el Valle de Ayora, el Cañón del Júcar o las Hoces del Gabriel (Mora y López 1988).

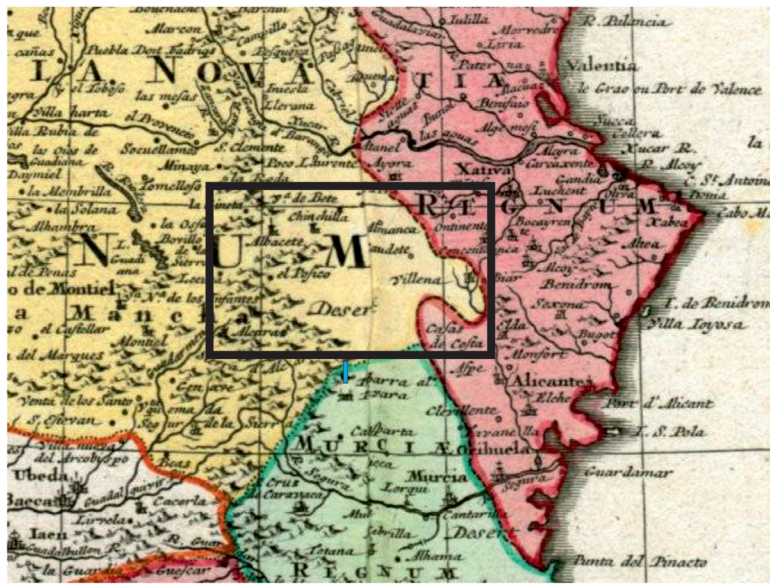
Los conjuntos serranos y los cerros testigos se adscriben al Cretácico, caracterizado por plegamientos suaves, como las Sierras de Chinchilla, Higuera, de La Oliva, Timonares o Cegarrón, que crean planicies en su parte alta, a una cota superior a los 1000 m, con un acceso relativamente fácil tanto para personas como animales, ya sean silvestres o ganados. Junto a ellos aparecen relieves asilados, basculados, o cerros testigos pertenecientes a calcarenitas del Terciario, con un origen marino, que debido a la erosión permite la creación de numerosos abrigos en sus vertientes verticales, que terminan por caracterizar la zona y que serán ocupadas de forma constante por casi todos los grupos humanos de la comarca.

Estas características permiten una amplia visibilidad desde muchos de los relieves del territorio, sin que ello signifique un control o dominio efectivo sobre el mismo, sino un factor que quizás deba de tenerse en cuenta a la hora de efectuar los análisis de distribución territorial de los asentamientos.

El clima ha sido calificado como mediterráneo con una gran influencia continental, más acusada conforme nos desplazamos hacia el oeste, pese a la escasa distancia entre los extremos de la comarca (Ponce 1989). Un elemento clave son las precipitaciones torrenciales y estacionales, principales causantes de la erosión del relieve, junto a periodos de sequía y estiaje prolongados, algo que todavía hoy queda plasmado en las advocaciones religiosas de los pueblos de la zona. La aridez de la comarca, unida a procesos de deforestación y los materiales geológicos de una parte importante del territorio, han supuesto unos

procesos erosivos muy intensos que han transportado al fondo de los valles y cubetas ingentes cantidades de suelo, que al impedir el avenamiento del mismo crea lagunas y navas con cierta facilidad, al tiempo que fertiliza los suelos, lo cual atrajo a las primeras comunidades agrícolas de la zona, cuyas evidencias han quedado cubiertas, condicionando de este modo la identificación de sus restos o su presencia mediante las técnicas habituales de prospección arqueológica (Casado et alii 1985). El proceso erosivo amplificado por la acción humana se irá intensificando con el paso del tiempo, hasta el punto en que la etapa final de las sociedades preindustriales, el grado de presión sobre la vegetación lleva a una desertificación del territorio que será percibida por los viajeros del siglo XVIII al atravesar los caminos que llevan desde la costa hacia el interior, causando tal impacto que los cartógrafos de la época lo indicaran en sus obras como un amplio “desert” tal y como podemos apreciar en el plano de 1744 de “Hispania ex archetypo” de Roderici Mendes Sylvae.

- Figura 2.1 -  
Detalle del Hispania  
ex archetypo de  
Roderici Mendes  
Sylvae de 1744.



1

- Figura 2.2 -  
Vista general del  
corredor de Almansa.  
J.L.S.



2

La combinación de factores geológicos, morfológicos y tectónicos, provocarán un problema de avenamiento de todo el territorio que terminará configurando un paisaje hidrológico en donde dominan las ramblas que desembocan en lagunas, de mayor o menor estacionalidad, que por su sustrato geológico serán generalmente de aguas salobres, como El Saladar de Higuera y los conjuntos lagunares de Horna, Pétrola, La Higuera y El Salobrar de Almansa, entre otros. Sólo la Laguna de San Benito de Almansa, mantendrá su lámina de agua dulce (Ponce 1989). Esta circunstancia, junto con la escasez de veneros y manantiales de agua dulce en la comarca, supondrá que el acceso al agua para consumo humano, y en especial para las sociedades ganaderas, sea un bien muy preciado y codiciado que terminará por ser determinante y estratégico para el poblamiento prehistórico de la zona.

La mayoría de las fuentes de manantial son de naturaleza kárstica y brotan en la línea de contacto entre el paquete de calizas y dolomías del Cretácico Inferior y las arcillas y margas de la Facies Utrillas (Ponce 1988). Las ramblas tienen un carácter intermitente y torrencial, con prolongados periodos de sequía interrumpidos por espasmódicas avenidas de valores excepcionales, que desaguan en el fondo de los valles, donde alimentan las lagunas endorreicas que se mantienen por la saturación de los niveles freáticos, el verdadero acopio y suministro hídrico de la zona.

El paisaje resultante será una cubierta vegetal de sabinares en la parte alta de los relieves, bosque de carrasca y coscoja en las laderas y los llanos más elevados, junto a manchas de pino mediterráneo y extensiones variadas de estepa y espartizal en la parte más meridional de la comarca. Entre estos pisos vegetales se abren pequeños bosques de ribera junto a las ramblas de caudal más constante. La vegetación de finales del Pleistoceno e inicios del Holoceno se ha visto profundamente modificada por las actividades humanas, en especial a partir de las sociedades productoras, con especial incidencia de las ganaderas, que han provocado, tanto en tiempos prehistóricos como históricos, profundos y permanentes cambios en la cubierta vegetal.

Como no puede ser de otro modo, la fauna silvestre es la propia de estos ambientes, esencialmente ciervo, junto a bóvidos y suidos, cuyo principal depredador era el lobo. Serán sustituidos con el paso del tiempo por los rebaños de ovejas y cabras de los grupos ganaderos. Otras especies, como algunos equinos autóctonos, como las encebras, jugaran un papel menor, al igual que zorros, búhos, águilas, conejos, perdices y aves de los entornos lagunares.

En estos entornos geográficos las huellas del pasado, es decir el registro arqueológico, depende de factores geomorfológicos, como los ya señalados en relación a los procesos erosivos de los relieves de laderas y llanuras, de la deposición de los materiales arrastrados y con ellos de los restos de los asentamientos y útiles de los grupos humanos y en especial de las tareas agropecuarias desarrolladas por las generaciones humanas posteriores a

lo largo del tiempo y hasta nuestros días. De todos ellos dos han modificado sustancialmente el territorio y con él las huellas del paso y de los asentamientos prehistóricos e históricos: la ganadería intensiva y la mecanización del campo.

Creemos que uno de los errores más habituales en los análisis de los modelos de ocupación del territorio es extrapolar el paisaje que hoy en día podemos observar al pasado, incluso al inmediato, al de hace unas pocas décadas, y deducir del mismo, junto a unas consabidas correcciones respecto al periodo a analizar, las posibilidades de explotación económica de sociedades cazadoras, recolectoras o agropecuarias. Allí donde se han podido efectuar análisis de los restos vegetales y la fauna de niveles prehistóricos de asentamientos humanos, nos muestran un paisaje con una cubierta vegetal más extendida, variada, y en ocasiones diferente, al que hoy podemos apreciar y sobre el cual no se suele tener en consideración la capacidad de transformación humana, escasa en largos periodos de la Prehistoria y muy alta a partir de la explotación del territorio mediante la ganadería, el recurso principal de la comarca, tanto por el tipo de suelos, muy pobres excepto en vegas muy concretas y la climatología, extrema y con un grado de aridez importante.

La deforestación intensiva, abriendo claros en las áreas del bosque de encinar, mediante tala o quema para la agricultura y un pastoreo reiterativo, esencialmente de ovejas y cabras, conlleva habitualmente una incapacidad de regeneración de la cubierta vegetal que termina denudando de forma irreversible el suelo de la zona, siendo posteriormente atacado por la erosión, principalmente por las lluvias torrenciales, dejando poco a poco un paisaje que se irá viendo privado de su vegetación autóctona (Ponce, 1989). Este proceso se intensificará, tal y como lo podemos apreciar en la documentación escrita, desde la Edad Media hasta los inicios del siglo XX. Una muestra del deterioro del medio y la capacidad productiva del suelo será la baja densidad poblacional, pese a lo cual no evitará intensos procesos de emigración.

Siguiendo los datos procedentes de la documentación histórica, como los censos, interrogatorios y relaciones topográficas, podemos saber los tipos de actividades y cultivos declarados por los propios actores del momento. Pese a que durante la segunda mitad del siglo XVIII y especialmente en el siglo XIX se produce un aumento de la superficie de explotación agrícola, basada en el incremento de población, los medios empleados para las faenas agrícolas siguen siendo las yuntas de mulas y bueyes, que poseen una escasa capacidad de apertura y roturación, circunstancia que cambiará radicalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX con la mecanización de dichas tareas (Cano 2000).

## 2. EL AGUA AL ACECHO

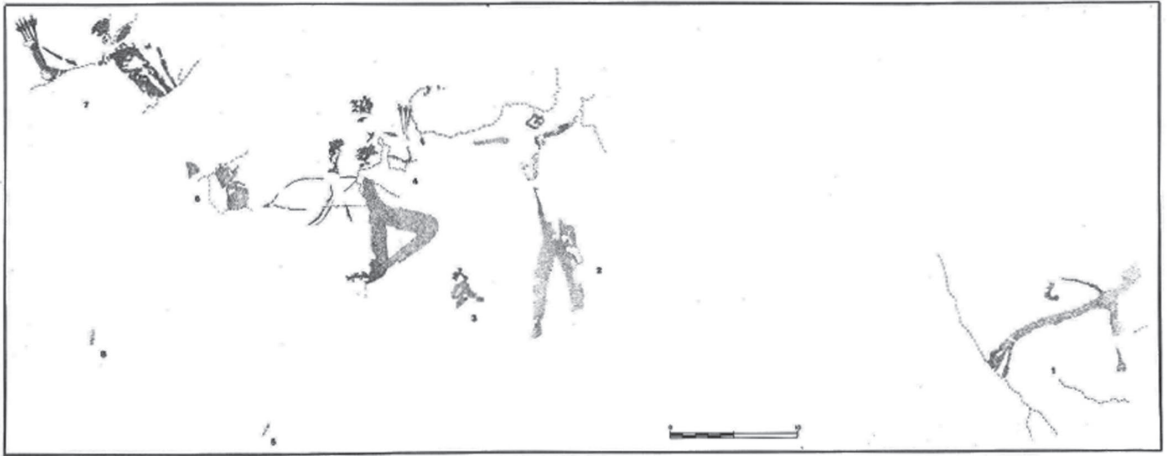
Una de las estrategias más habituales en los métodos de caza de las sociedades cazadoras en territorios áridos, tanto en la Prehistoria como en los escasos grupos humanos actuales, es el acecho en los puntos de aguada de las grandes mandas de herbívoros, dada la imperiosa necesidad de agua para todo ser viviente y en especial para los mamíferos terrestres. Esa situación provocará una interrelación entre las comunidades humanas y los herbívoros que quedará ampliamente expuesta en el arte rupestre de la zona y se verá reforzada en un espacio como el corredor de Almansa y sus alrededores donde no existen ríos, arroyos o lagunas permanentes de agua dulce, por lo que es allí donde sea habitual la presencia del agua de forma más o menos permanente, donde se registran los abrigos de arte rupestre en la comarca, siendo quizás testigos de esos puntos de interacción entre humanos y animales.

En el corredor de Almansa los conjuntos rupestres se agrupan en el entorno de la Cueva de la Vieja de Alpera, el Barranco Hondo del Mugrón y los abrigos de la Sierra de Almansa y Olula y en el entorno inmediato en Cantos de la Visera del Arabí de Yecla. Todos ellos tienen en común la presencia de un arroyo más o menos estable, como es la Vega de Alpera, en el caso del conjunto de la Cueva de la Vieja, o manantiales permanentes en el resto de los casos.

Las pinturas rupestres de la Cueva de la Vieja, en el espolón suroriental de los Carasoles del Bosque, fueron descubiertas en 1910 por el maestro local Pascual Serrano. En 1911, el pintor Juan Cabré Aguiló y el arqueólogo francés Henri Breuil se desplazaron al lugar, donde se encontraron una gran pared de más de dos metros de anchura que revelaba una gran complejidad de escenas y colores alrededor de la figura principal de un chamán. La descripción que realizó Juan Cabré del panel sigue siendo un emotivo pasaje de la literatura científica del abrigo “ ... En este mural están representados ciervos, toros y cabras; la mayor parte de los seres humanos son arqueros que forman parte activa de estas escenas. Otras representaciones humanas son los gurús o chamanes, en la parte central y de tamaño mayor. Son ciertamente los protagonistas ya que representan a guías espirituales que conducen a los grupos humanos a perpetuar los deseos de una cacería satisfactoria. Otras representaciones humanas son de trazo mucho más simple, de tipo esquemático, lo que hace pensar que esta cueva ha sido visitada y pintada en dos momentos del tiempo, siendo quizá el más antiguo correspondiente al periodo neolítico” (Cabré 1915) (Grimal y Alonso 2016).



1



2



3

El panel fue una ventana por donde mirar a las sociedades cazadoras de la Prehistoria, pues se adivinaban perfectamente aspectos prácticamente desconocidos, y se identificaban bien un reseñable catálogo de objetos pintados, alguno testimoniado muy parcialmente en los yacimientos arqueológicos como las puntas de flecha. Aparecían sobre la roca una notable variedad de arcos de distintos tamaños, flechas con punta y emplumadura, incluso se interpretaban algunos lazos para la caza de animales. Se reconocían asimismo indumentarias que cubrían el cuerpo hasta la rodilla en el caso de las mujeres, y un elenco de ornamentos en diversas partes de la anatomía como piernas, brazos y muy especialmente en la cabeza.

El abrigo forma parte de un conjunto que se configura junto a la Cueva del Queso, con un número actual de motivos en torno a la docena y que ha sufrido graves acciones antrópicas que han destruido la mayor parte de los motivos en que los investigadores pioneros centraron sus discusiones (Pérez, 1996). Los Carasoles del Bosque I (Fuente de la Arena 1), es un modesto abrigo con unas pocas figuras entre las que destacan los restos de una posible mujer. Un tanto más alejado se encuentran los abrigos de la Cueva de Tortosillas, el abrigo cerca de la Cueva Negra del Barranco Hondo y abrigo con pintura levantina en el entorno del poblado del Castellar de Meca, todos ellos en Ayora y estudiados por Alonso y Grimal (2001).

En la Cueva de la Vieja podemos apreciar en una de las cuatro escenas, la caza de un solo arquero que se enfrenta a un ciervo y al cual dispara para abatirlo, para ello parecen llevar unos tocados para disfrazar o camuflar su presencia en el sotobosque y seguramente el acecho sería en un lugar de aguada o cercano a ella. Para ello porta un arco compuesto de mayor alcance y efectividad que el arco simple, que la mayoría de los arqueros de la Cueva de la Vieja portan y seguramente tras seguir el rastro de la manada, al ser los ciervos gregarios, salvo los machos jóvenes una vez que la abandonan tras llegar a la madurez. La representación nos muestra una realidad faunística del bosque mediterráneo donde las especies más representadas son cérvidos, caprinos y bóvidos, que suponen alrededor de un 90% de los zoomorfos reconocibles. Por tanto, la imagen de la realidad que se recrea en los paneles no se corresponde con la de la totalidad del ecosistema sino con un puñado de especies muy concretas, por lo que seguramente existe una voluntad manifiesta e indudable de mostrar una imagen manipulada de su realidad (Alonso y Grimal 1999).

Tanto en la Cueva de la Vieja, como en las de su entorno y en las del Barranco Hondo, Tortosilla, Barranco del Moro (Fig.3. 2-3), Olula o el Arabí, existen otras escenas que podemos considerar como vinculadas a ritos religiosos, ya sean de fertilidad o deidades, en donde el agua, como elemento esencial para la vida, el fluido donde se desarrolla el feto y la simbología de purificación irá ganando protagonismo hasta llegar a ser un rito esencial en las religiones del libro. El origen de estas atribuciones al agua es casi imposible de determinar, pero con

(Página anterior)

**- Figura 3.1 -**

Panel principal de la Cueva de la Vieja (Alpera) (Grimal y Alonso 2016).

**- Figura 3.2 y 3.3 -**

Abrigo del barranco del Moro (Almansa) (Hernández y Simón, 1982).

toda seguridad se encuentra presente en las sociedades que transitan entre los modos de subsistencia cazadores y las que lo harán ya mediante la producción de alimentos y en donde la mujer, y su representación, tiene un papel esencial, como constatamos en las parejas de mujeres de La Vieja u Olula, pese a la marcada representación patriarcal de los paneles pictóricos.

Los cambios internos de estas sociedades, tanto a nivel social, religioso y económico, supondrán un cambio en su visión del mundo que les rodea basadas esencialmente en la relación con la naturaleza, la cual irá variando por las referencias al mundo de los ancestros, el mundo del arte esquemático y del megalitismo. Según la opinión de Ruiz (2009) los procesos de diferenciación y de posesión territorial que incipientemente estaban presentes en el arte levantino acaban consumándose en las sociedades complejas del Calcolítico y de la Edad del Bronce (Ruiz 2009).

### **3. EL AGUA SACRALIZADA DURANTE LA EDAD DEL BRONCE**

El estudio de la distribución y características de los asentamientos de la Edad del Bronce en el corredor de Almansa y las tierras de Montearagón (Simón 1986 y 2011), nos ha permitido documentar unos 226 yacimientos, es decir, lugares en donde se constata la presencia de restos de ocupación, más o menos continua o discontinua, de grupos humanos que por el momento se adscriben al II milenio a.C. Sus principales características son unos poblados que se emplazaban en lo alto de cerros y picos montañosos y una cultura material muy homogénea, con paralelos en otras áreas colindantes, como el Alto Vinalopó (Soler 1987) o el Altiplano de Yecla y Jumilla (Molina y Molina 1991).

Un reducido número, pero muy significativo, se caracterizan por unas estructuras tumulares edificadas sobre cuevas o pequeñas simas naturales que permiten acceder al nivel freático (Simón 1986). A diferencia de las documentadas en las comarcas centrales de Albacete (Fernández Miranda et alii 1990) y en Ciudad Real (Nájera y Molina 2004), en la comarca del corredor de Almansa y Montearagón se encuentran emplazadas sobre pequeñas lomas naturales, por lo que su ubicación no es exactamente similar a las manchegas, pero evidentemente comparten la mayoría de las características que nos permitirían incluirlas grosso modo en el grupo de las “motillas”. Los casos más significativos serían los de Fuensanta en Almansa, Las Peñuelas en Pozo Cañada y la Morra o Mina de Don Ricardo de Tiriez, en el término de Lezuza. Otros yacimientos que se sumarían a estos serían El Acequión o la Morra del Salobral de Albacete (Fernández-Posee et alii 2008).

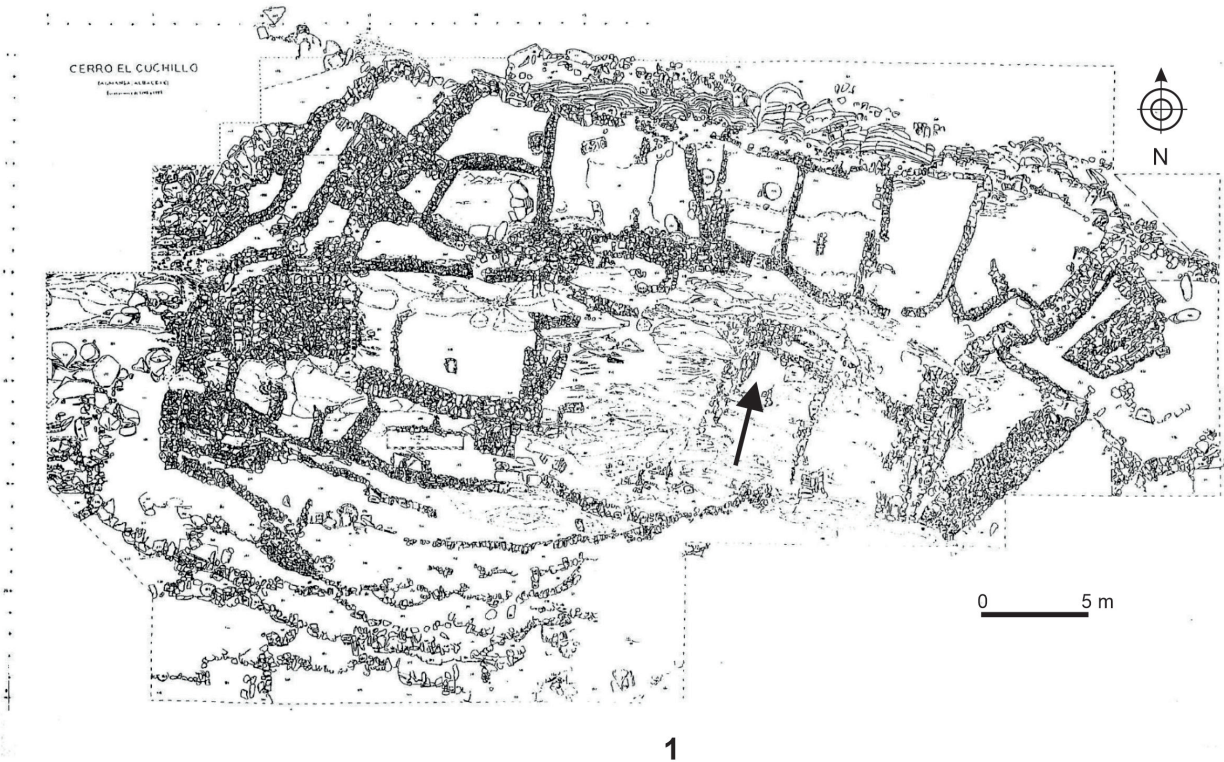
Lo más interesante es que parecen estar alineadas a lo largo de una de las tradicionales rutas de trashumancia ganadera, que cruza de este a oeste la actual provincia de Albacete, conectando las comarcas levantinas de El Vinalopó y La Costera con yacimientos similares de la provincia de Ciudad Real, como El Castillejo de Terrinches (Megías et alii 2014, 460) y el conjunto de motillas de la zona de Azuer (Nájera, Aguado y Molina 1977) (Fig.1). Los cuatro yacimientos albaceteños se encuentran próximos a la misma latitud, dispuestos a una distancia lineal similar, todos con las mismas características, emplazados sobre simas o cuevas en las cuales aflora el nivel freático de agua dulce, el cual se mantiene incluso durante el estío.

Los estudios sobre la cultura material de estos yacimientos apuntan, pese a encontrarse en tierras aptas para la agricultura mediterránea de cereal, olivo y vid, hacia una actividad mayoritariamente ganadera, que permite desarrollar una cultura material donde son muy frecuentes los objetos realizados en hueso, como adornos, utensilios textiles, mangos de herramientas y armas como puntas de flecha y jabalina, a los cuales acompañan cerámicas para la elaboración de la leche, como encellas o queseras.

Todo parece indicar que nos encontramos ante grupos humanos con una actividad económica preferentemente ganadera, con desplazamientos anuales buscando los pastos más adecuados según la época del año, desde las zonas húmedas de la parte occidental de la provincia hasta otras de una climatología más suave durante el invierno. Para garantizar estos tránsitos disponen de una serie de establecimientos temporales y equidistantes que aseguren, especialmente en verano, el agua necesaria para ganados y personas. Estos movimientos por un amplio territorio darían explicación a las diversas influencias de los diferentes grupos culturales patentes en su cultura material, al tiempo que serían ellos mismos sujetos de transmisión de unos territorios a otros.

La importancia del agua para estas comunidades requirió de otras soluciones en los asentamientos más estables y sin un manantial o sima próxima que les permitiese garantizar el acceso al agua en verano. Un ejemplo constatado de estas estrategias lo encontramos en las excavaciones que durante una década se prolongaron en el yacimiento del Cerro del Cuchillo de Almansa (Hernández et alii 1994). El poblado ocupa el extremo de un tramo de la Sierra de Los Cuchillos, cortada por una rambla, que discurre a menos de 100 metros en línea recta y a una cota inferior de unos 25 a 30 metros. El cerro presenta una forma troncocónica con una plataforma superior irregular y alargada en dirección norte-sur, aproximadamente, 60 metros de largo y 20 metros de ancho con un desnivel de 3 metros. Posee un complejo sistema de acceso y defensa del poblado con escasos paralelos por el momento en los poblados de Castilla-La Mancha. Se identifican claramente tres líneas de construcciones exteriores, en cuyo interior encontramos una plataforma de planta rectangular emplazada en la parte más elevada del cerro. De ella parte una zona de paso a modo de calle que discurre por la cresta del cerro y a ambos lados de la misma se organizan los espacios habitacionales, constituidos por una sola estancia que puede

estar compartimentada con elementos arquitectónicos como bancos, suelos a diferentes alturas, tabiques de maderos, etc. Todas las construcciones son de piedra arenisca de la zona, dispuesta horizontalmente y unida con argamasa de greda y cubierta a un agua de materiales vegetales.



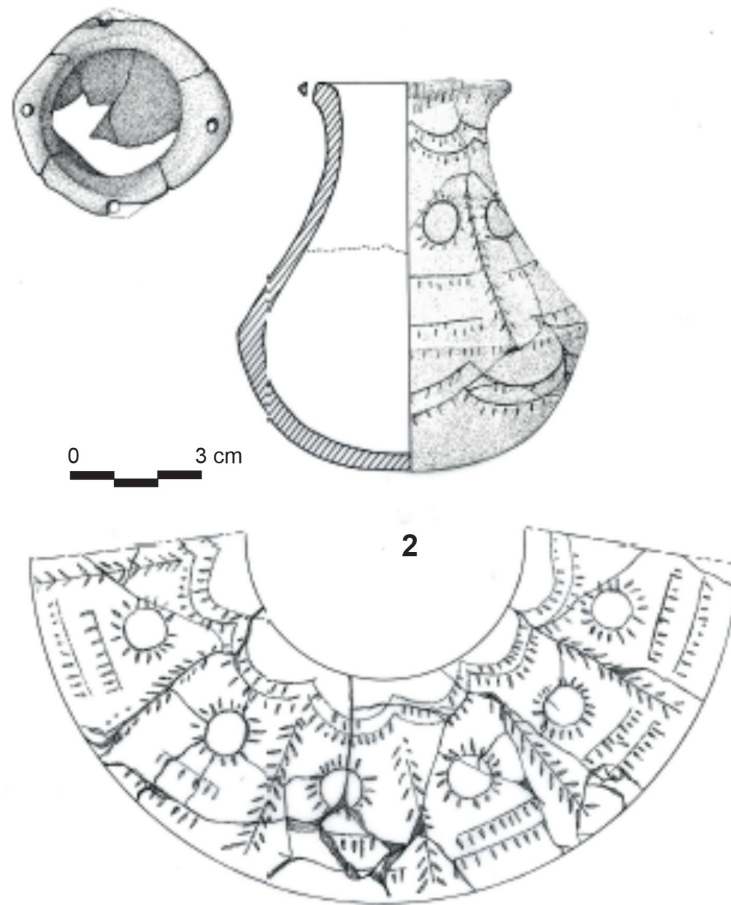
**- Figura 4.1 -**  
 Planimetría del Cerro  
 de El Chuchillo  
 (Almansa)  
 (Hernández, Simón y  
 Mira, 1994).

Pese a situarse junto a una rambla, con un pequeño y exiguo caudal a lo largo de casi todo el año, en el interior del poblado, en su parte central y en la ladera occidental, se documentó una gran construcción con una planta de tendencia cuadrangular con esquinas redondeadas, que alcanza una profundidad de casi cuatro metros y que carece de vano de acceso o puerta, o escalera para bajar al fondo. Por algunos restos documentados en su interior parece que pudo funcionar como aljibe, si bien en algún momento del final del uso del poblado se abandonó en su interior los restos de dos cadáveres en unas disposiciones muy alejadas de los ritos de inhumación del momento, y numerosos restos de fauna, entre los que destacan las cornamentas de varios ciervos (Hernández et alii 1994).

Por los restos documentados en el poblado, tanto de instrumentos como de restos carbonizados de grano y restos de animales, la base económica del poblado era la típica agropecuaria, pero con la sutil diferencia de que la producción de grano y recolección de vegetales y frutos silvestres era para autoconsumo y la ganadería tenía no solo la misión del abastecimiento de sus moradores, sino que era una reserva alimenticia que proporcionaba productos secundarios como la lana y la leche, al tiempo que producía excedentes con los cuales poder desarrollar un comercio de intercambio.

El principal inconveniente del aumento de la cabaña ganadera de ovejas y cabras es el abastecimiento de pasto y agua durante el estío, dado el clima de la zona y la escasez de recursos hídricos en superficie. Quizás esta imperiosa necesidad sea la que explique el emplazamiento de los principales poblados del momento, incluido el Cerro del Cuchillo, el control sobre los puntos de agua subterráneos y el trazado de las rutas de trasterminancia y trashumancia de la zona, que conducen desde los pasos del litoral mediterráneo al interior de las llanuras manchegas. Por todo ello creemos que se puede apuntar que el control y acceso al agua dulce fue el factor determinante e ineludible en la elección de los poblados del II milenio a.C. en el sureste de la Meseta, algo que continuará en etapas posteriores.

Sin embargo, el agua está presente en otras manifestaciones del poblado, vinculadas a ritos religiosos tan esquivos a lo largo de este periodo. Quizás el ejemplo más significativo es el vaso de los “soles y espigas” documentado en el Departamento XIV, el cual se localiza en el extremo NE de la plataforma superior, con una superficie de 19'35 m<sup>2</sup>. Esta estancia se comunica con la calle central mediante una puerta abierta en la pared W, encontrándose el citado acceso en un nivel más alto, que el propio suelo de la habitación. El vaso se conservaba, junto con el resto del ajuar cerámico de la estancia, sobre un desnivel de la roca empleada como banco corrido de la estancia. Se encontró completo, relleno hasta la mitad de polvo de ocre molido y una pieza cerámica de forma bicónica manchada, por lo que esta última indica que se empleaba para su molienda en caso de quedar apelmazado. Su forma se asemeja a una botella con un borde exvasado en el que se aprecian dos pequeños salientes a modo de mamelones planos con sendas perforaciones para poder ser colgado o suspendido. El cuello estrecha el recipiente hasta la mitad para luego ir ganando amplitud hasta configurar el tercio inferior formado por una parte troncocónica y un fondo semiesférico, el cual presenta un cierto aplanamiento para mejorar la estabilidad del vaso. La pasta es de calidad, con desengrasantes muy pequeños, una cocción oxidante y un tratamiento alisado de las superficies. Sobre ellas se desarrolla una serie de motivos esquemáticos repetitivos que de arriba abajo se inician con unas incisiones aleatorias en la base del borde, una guirnalda con incisiones en el cuello y una serie de líneas verticales con incisiones a ambos lados que compartimentan el espacio en cinco ámbitos en los cuales se plasma un soliforme y dos líneas horizontales con incisiones en la parte de abajo. En la unión de cuello con el cuerpo semiesférico nuevamente hay una línea de incisiones y el cuello se adorna con una doble guirnalda. El uso ritual del vaso queda fuera de toda duda, al estar dotado con motivos astrales y vegetales con una clara vinculación a los ciclos de la naturaleza y contener ocre molido de posibles usos tanto para decoración corporal como para su uso en manifestaciones artísticas, como el arte esquemático.



**- Figura 4.2 -**  
Vaso de los soles y  
espigas del Cerro  
de El Chuchillo  
(Almansa). J.L.S.

Este uso ritual nos conduce directamente a las manifestaciones rupestres del Cerro del Cuchillo y en el Arabilejo de Yecla (Molina 1991), este último en los límites del ámbito de este trabajo, al pie del Cerro de los Moros de Yecla y muy próximo a los abrigos rupestre de Cantos de la Visera. El campo de petroglifos se extiende sobre una ladera de roca lisa o ligeramente inclinada hacia el sur, con una amplitud de unos 349 m de largo por unos 25 de ancho. Han sido objeto de múltiples citas en trabajos relativos a la prehistoria de la zona y contamos con el estudio de Jerónimo Molina el cual agrupa las manifestaciones en cazoletas aisladas de diferentes tamaños, cazoletas aisladas con doble fondo, cazoletas unidas por uno o dos canalillos, conjuntos de cazoletas unidas entre sí por canalillos, círculos con pequeña cazoleta en el centro, lo que denomina como “enclos” consistentes en un círculo, a veces dos, inciso su contorno o rebajado su interior, abiertos los más con prolongación en línea mixta hacia afuera, formando calle, rectángulos y podomorfos humanos. El autor relaciona estos conjuntos con el agua de lluvia, en su función práctica, el abastecimiento de agua para el ganado, como desde el punto de vista simbólico, relacionándolo con las “rogativas” a la deidad del momento ante los ciclos de escasez de lluvias, tan frecuentes y persistentes desde el Holoceno en la zona y tan relacionada su abundancia con la fertilidad de los seres vivos, tanto vegetales como animales, que en ella conviven y el intento de control de los ritmos temporales (Hernández y Lomba 2006).



**- Figura 5.1 -**  
Inculturas del  
Arabinejo de Yecla.  
[turismo.yecla.es](http://turismo.yecla.es)



**- Figura 5.2 -**  
Inculturas del  
Arabinejo de Yecla.  
[turismo.yecla.es](http://turismo.yecla.es)

## 4. El agua atesorada durante la Edad del Hierro

Con el desarrollo de las sociedades complejas durante el I milenio a.C. y el desarrollo de entes habitacionales de gran tamaño, ya muy cercanos al concepto de urbe, el abastecimiento hídrico de sus moradores y ganados, que habían aumentado notablemente tanto en el número de cabezas como en su composición, hacen del agua un bien estratégico, del cual depende en gran medida las posibilidades del surgimiento de unas élites y su capacidad de generar unos sistemas de clientela social que les lleve al control de un amplio territorio.

La composición de la cabaña ganadera es cada vez más compleja, donde bueyes y équidos son cada vez más necesarios como fuerza de trabajo de la agricultura extensiva, el transporte, el comercio y la guerra, esta última con un valor social significativo, donde las élites hacen ostentación de su posición mediante el caballo, tal y como lo muestran los monumentos funerarios de Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez 1990). La cabaña de ovejas y cabras no hace sino crecer en número y por tanto en necesidades de pastos y agua, estando su tamaño en función del control que sobre el territorio ejercen las élites a las que pertenecen.

El caso más paradigmático de este momento lo constituye el Castellar de Meca (Ayora, Valencia), uno de los poblados ibéricos más importantes del Levante y el Sureste de la Meseta Sur. Sus elementos más peculiares son la topografía y la organización urbanística del poblado, su red de caminos, sus numerosos aljibes y depósitos de almacenaje, las puertas de la ciudad, sus fortificaciones complejas o su posible abrigo-santuario, sin olvidar su excepcional marco paisajístico.

Situado a más de mil metros de altura, ocupa el espolón más occidental de la Sierra del Mugrón, un afloramiento rocoso de gran entidad, formado por calizas muy compactas, una superficie amesetada inclinada hacia el oeste, rodeada por fuertes desniveles que pueden llegar a los 150 m en la vertiente este y entre 50 a 100 en la oeste (Broncano 1986). Presenta una superficie de unas 15 ha y una forma alargada irregular, con una longitud este-oeste de 808 m y una anchura máxima de 314 m aproximadamente en la zona central, estrechándose hacia el este, donde se reduce hasta situarse en algo más de un centenar de metros.

Desde siempre ha sorprendido al visitante la monumentalidad de muchos de los elementos, entre los que destaca el conjunto de aljibes del poblado, más de un centenar, tallados en la roca, que si bien puede que no todos ellos sean de este momento, dado que se constatan en el poblado fases tardorrepublicanas e islámicas, y algunos puede que sean viviendas, establos o almacenes, muchos sin duda son aljibes de época ibérica, como el llamado 'El Trinquete', con una capacidad de más de 2.000 metros cúbicos (Lorrio, 2011).

La ocupación principal del yacimiento es de época ibérica, cuyo máximo desarrollo se ha situado entre los siglos IV y finales del III-inicios del II a.C., momento en que sus investigadores sitúan el final violento de la ciudad prerromana (Broncano y Alfaro 1997), aunque algunas de las estructuras pudieran ser algo posteriores. La presencia de material fenicio, en su mayoría procedente de la limpieza del 'Camino Hondo' (Broncano 1986; Pla y Bonet 1991), permitiría elevar la cronología del asentamiento al siglo VII a.C. (Soria 2000). Se trata pues de un oppidum o ciudad, cuya importancia justifica el que pudiera haber sido mencionada por las fuentes literarias de la Antigüedad, habiendo señalado Broncano (1986) la posibilidad de que pudiera identificarse con alguna de las ciudades bastetanas citadas por Ptolomeo, en concreto Pucialia, aunque en la actualidad no exista consenso al respecto (Lorrio 2011).

Los únicos puntos constatados de agua en toda la mole rocosa del Castellar de Meca son el pequeño afloramiento de agua de la 'Cueva del Rey Moro', sito junto a la entrada occidental de la ladera septentrional, que ha sido interpretada como un posible abrigo-santuario, y que apenas es capaz de llenar una pileta excavada en la roca, y la Fuente de Meca, a unas decenas de metros de la anterior y emplazada fuera del recinto amurallado a media ladera del extremo noroccidental, que se ha mantenido hasta nuestros días y abastece aún hoy en día a los ganados de la zona mediante la recogida de su caudal en un aljibe. El manantial y su aljibe sirvió en la Edad Media de marcador territorial entre los concejos de Alpera y Ayora y los reinos de Castilla y Aragón, circunstancia que nos muestra su singularidad e hito del paisaje de la zona.

Por tanto, la vida de una ciudad sita mayoritariamente en lo alto de la meseta y parte de la ladera septentrional, solo pudo darse mediante una solución artificial de recogida y almacenamiento de agua, aprovechando la desnudez de la roca, su naturaleza, impermeable salvo en algunos puntos y que por sus características y dureza facilita su excavación. De este modo se extiende por toda su superficie más de un centenar de aljibes, cuyo tamaño oscila, en el caso del 'El Trinquete', de los 29 m de longitud y 5 m de anchura y una profundidad que Zuazo Palacios (1916), estableció en 14 m, lo que supone más de 2.000 metros cúbicos de capacidad, hasta los que tienen unos dos metros cuadrados por un 1 m de profundidad. Muchos presentan canalillos de captación del agua de lluvia, llegando a identificar en algún caso un segundo aljibe situado a una cota inferior, permitiendo así recuperar el excedente del principal. Se ha constatado que en ocasiones los viales actuarían como captador de agua de lluvia, a través de los carriles de rodadura, y podrían en ocasiones actuar como aliviaderos del excedente de agua de los aljibes, que sería vertida al camino.

Se han identificado dos tipos de aljibes: los de boca rectangular y ángulos redondeados y los de boca ovalada, con paredes en ambos casos algo cóncavas; además, se documentan otros depósitos, generalmente mayores, de boca rectangular y paredes más verticales, que pudieron ser almacenes, ya que poseen escaleras talladas y carecen de canalillos. Estas estructuras rupestres habrían estado cubiertas mediante un entarimado, como confirman los rebajes realizados en los laterales de las bocas (Broncano y Alfaro 1990).

**- Figura 6.1 -**  
Aljibes de El Castellar  
de Meca (Ayora) J.L.S.



1

**- Figura 6.2 -**  
Aljibes de El Castellar  
de Meca (Ayora) J.L.S.



2

**- Figura 6.3 -**  
Aljibes de El Castellar  
de Meca (Ayora) J.L.S.



3

Finalmente, un bien tan preciado como el agua no podía escapar de su uso ritual y religioso, circunstancia que parece quedar plasmada en la ‘Cueva del Rey Moro’, lugar que ha sido interpretado como un abrigo-santuario (Almagro-Gorbea y Moneo 1995; Moneo 2003). Si bien el abrigo queda al exterior del poblado, llegando a él a través de un estrecho pasillo; presenta forma ovalada levemente horizontal con unos 6 m de ancho, 2 m de alto y otros tantos de profundidad, ofreciendo en su interior, en la pared vertical del fondo, una formación kárstica de cierto aspecto antropomorfo y una salida natural de agua que vertía en el interior de una cubeta rectangular con rebosadero labrada en el suelo. Todo parece indicar que se podría tratar de un “santuario de entrada” relacionado con ritos vinculados al agua como elemento de purificación y de paso (Moneo 2003).

## 5. El agua sanadora en la Antigüedad

El agua en el territorio de estudio se presenta en superficie y subterráneamente y por las características geológicas de la zona la mayoría suele ser salobre, donde destacan el complejo endorreico lagunar de Pétrola, El Salobrejo, Corral Rubio y La Higuera, emplazadas entre los 855 y los 900 m de altitud. Estos humedales se caracterizan por su carácter salino y su régimen estacional, marcado por el clima semiárido de la zona. Las aguas salúferas pese a no tener valor para el consumo humano se han utilizado secularmente para otros usos, tanto económicos, como la explotación de sal, como sanitarios.

Los grandes rebaños de ganados, especialmente los que se dedican en parte a la producción láctea, necesitan sales para regenerar su pérdida durante el ordeño, obteniéndola del consumo de plantas halófitas de la ribera de estas lagunas o en ocasiones llegando a ingerir la costra salina que se genera en las riberas de las lagunas. En un territorio donde la ganadería ha sido la base económica de las sociedades preindustriales, la presencia de estas acumulaciones de sales ha sido fundamental para la citada producción de lácteos y sus derivados.

La obtención de sal depende en ocasiones de las concentraciones y la forma de aflorar en superficie, por lo que habitualmente se ha extraído de manantiales, como el de Fuentealbilla, siendo muy escaso el uso de las aguas de laguna, donde la concentración varía notablemente en función de las precipitaciones y la insolación, pese a lo cual parece que jugó un papel singular en etapas prehistórica, de la antigüedad e inicios de la Edad Media.

Por otro lado, es conocido el papel curativo de las aguas salúferas, especialmente de afecciones cutáneas, siendo habitual la instalación en sus proximidades de balnearios y santuarios. Las personas que acuden a estos lugares de baño y/o santuario enfocan la curación, si esta se produce, desde dos perspectivas, la «científica», que tiene en cuenta las propiedades específicas de cada agua y su poder terapéutico, y la cura «milagrosa», en la que una divinidad

actúa por medio del agua o bien la propia agua se estima con propiedades divinas. En el segundo caso el poder terapéutico proviene de la actuación de un principio imaginario que habita o se manifiesta en el agua. Aunque la medicina antigua ofrecía un modelo explicativo de la curación a través del agua que no necesitaba la intervención de poderes sobrenaturales, estos estaban presentes en el ánimo de los devotos. El santuario-balneario se convertía así en el lugar en el que la divinidad se manifestaba del modo más favorable, es decir, sanando. En ellos se han recuperado gran cantidad de exvotos (Perex 2012: 132).

El mejor ejemplo de la zona es el yacimiento del Cerro de los Santos, sito en el término de Montealegre del Castillo (Albacete), en el límite con las tierras septentrionales de Murcia y Alicante. Se trata de un santuario viario, rico en agua con sales minerales procedentes del Barranco de la Rambla del Agua Salada, que tuvo una de las clientelas ibéricas más poderosa del momento.

**- Figura 7.1 -**  
Recreación del  
Cerro de Los Santos  
(Montealegre del  
Castillo).  
M.A.N.



1

**- Figura 7.2 -**  
Askos en forma de  
paloma de El Amarejo  
(Bonete). Museo de  
Albacete.



2

Ubicado al pie del llamado Camino de Aníbal, vía natural de comunicación que unía el Levante y la Alta Andalucía, estuvo abierto a múltiples influencias culturales, especialmente entre los siglos IV y I a.C. que explican la diversidad tipológica de sus exvotos (Olmos, 1992).

Se desconocen los aspectos concretos del ritual, así como la organización interna del complejo religioso. Entre los siglos IV-III a.C., el santuario pudo asociarse, como otros espacios abiertos y santuarios contemporáneos, a elementos vinculados a la naturaleza, siendo el ejemplo más próximo el santuario ibérico de La Luz de Murcia (Lillo 1999: 172)

Las hipótesis relativas a su función han oscilado desde su interpretación como enclave terapéutico hasta su consideración como núcleo geopolítico de diversas comunidades ibéricas. El Cerro de los Santos sufrió entre los siglos II-I a.c., como consecuencia del proceso de romanización, una importante transformación, momento en el cual parece que hay que vincular la edificación de un templo de aspecto monumental que antes posiblemente no tenía (Fig. 7.1). Se trata de un fenómeno escasamente conocido, aunque atisbado en otros santuarios como La Encarnación y La Luz, en Murcia.

Los centros de culto ibéricos han sido clasificados en tres categorías, “loca sacra libera”, santuarios y templos (Lucas 1979; Muriel 2002). Los santuarios pueden ser definidos como terrenos sagrados en los que se erige algún edificio, hecho éste que los diferencia de los “loca sacra libera” o lugares sagrados de carácter natural sin modificación humana.

El carácter sagrado no se debía en el caso del Cerro de los Santos a la presencia de una cueva o paraje singular especialmente bello, sino a una serie de depósitos de aguas salúferas, de aguas con un altísimo contenido en sales sulfatado-magnesiadas. La divinidad transmitía así al devoto la terapia a través del agua del lugar, ya fuera por medio de su ingestión, ya por medio de abluciones o de inmersión del paciente-devoto en ella.

Sobre estos elementos naturales se imponían después los artificiales, los que habían de convertir al lugar sacro en un auténtico santuario. Esto es, un edificio dedicado al culto, una serie de dependencias subsidiarias al mismo y una importante vía de comunicación que, discurriendo junto al Cerro de los Santos unía la Alta Andalucía con la costa levantina (Torija, 1999).

La ausencia de una “favissa” o depósito subterráneo y la seguridad de que los exvotos tenían un carácter sacro lleva a los investigadores a considerar que en el Cerro de los Santos las esculturas, exvotos y ofrendas eran depositados más o menos indiscriminadamente por los fieles sobre la superficie del promontorio y fuera del santuario, lo que explicaría su dispersión y estado de conservación, al ser retirados cada cierto tiempo. Las características de los exvotos nos hablan

de una clientela aristocrática a partir del siglo IV a.C., que utiliza la religión en su favor, prestigiando su poder ante el resto, que logra a partir del siglo II a.C. imponer una política territorial que llega hasta la periferia de sus dominios. Son la muestra de una sociedad altamente jerarquizada estructurada en torno a régulos locales, con atributos sacros, heroizados y divinizados después de su muerte.

Estas tradiciones de uso de aguas medicinales continuaron a lo largo de los siglos, como se aprecia en la “favissa” o depósito subterráneo de El Amarejo de Bonete (Fig.7.2) en cuyo interior se fueron depositando numerosos objetos de carácter suntuario y cuidada factura, o la secular tradición que ha llegado hasta hace unas décadas, cuando los habitantes de la comarca acudían a las lagunas del Saladar (La Higuera, Corral Rubio) o Pétrola, para recibir baños, que en ocasiones llegaban hasta los animales de carga, tiro y labor, para tratar las rozaduras y heridas que caballos, mulos y asnos se hacían en las tareas agropecuarias (Jordan y Conesa, 1992, 488).

Finalmente, una relación entre el agua y las tradiciones mágicas la encontramos en la villa romana de Las Torres de Almansa, una villa rústica que se desarrolla entre el siglo I a.C. y el siglo IV d.C, con la aparición de cerámicas de tradición ibérica donde destacan dos jarras u olpes de cerámica pintada, cuya decoración principal son motivos fálicos (Abascal, 1986), tanto pintados como modelados y aplicados, y que se fechan en época altoimperial (Gamo 2011, 157). A estas jarras se les atribuye una función ritual relacionada con un doble poder: por una parte, alejar el fascinum, ya que los falos erectos tenían la capacidad de evitar los malos espíritus y el mal de ojo, y por otra propiciar la fecundidad. Otros ejemplos de jarras itifálicas las encontramos en La Vega en Balazote (Poveda y Navarro 2009, 191) y Alhama de Murcia (Baños, 2005), ambas también procedentes de contextos rurales (Simón y Busquier 2016, 619).

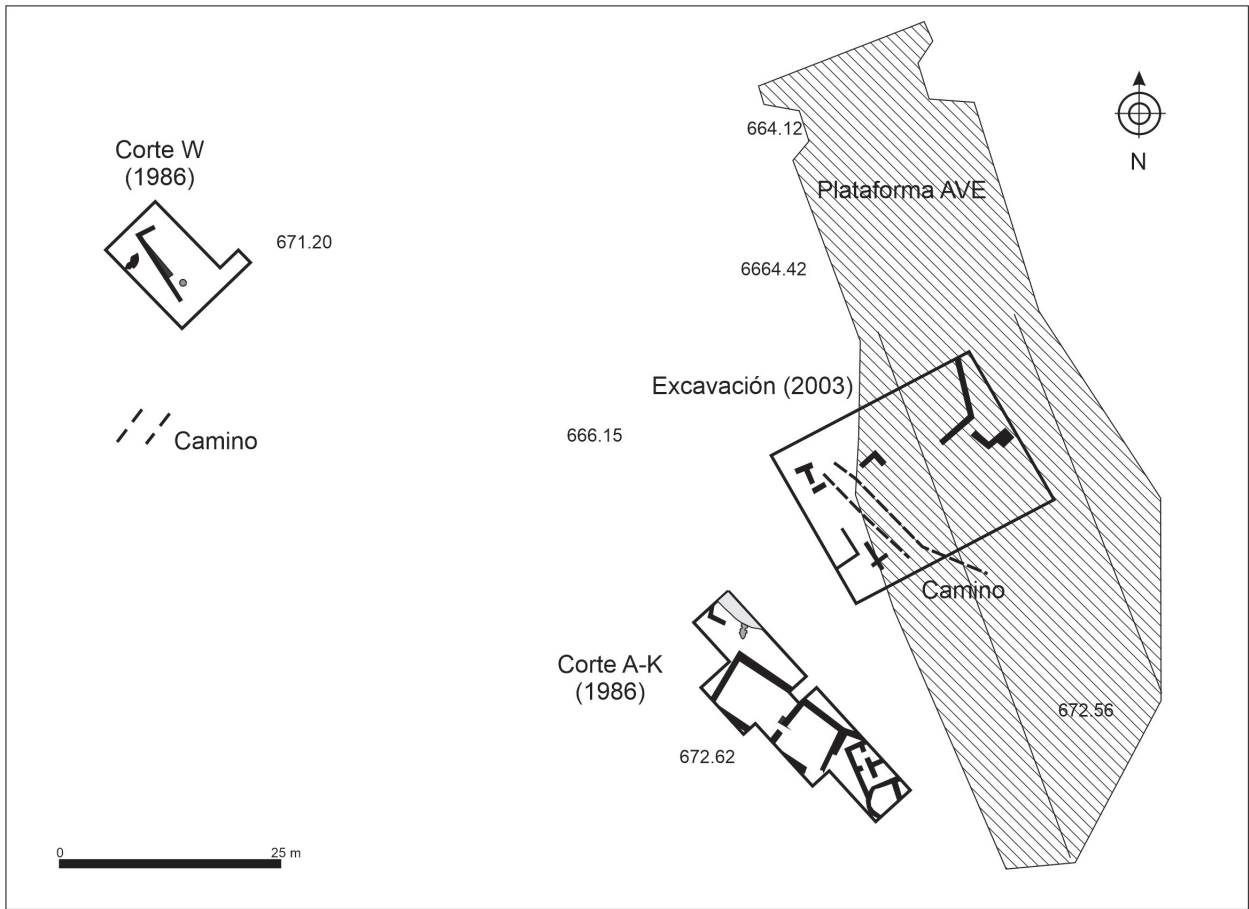
(Página siguiente)

**- Figura 8.1 -**

Planta de la villa romana de Las Torres.  
J.L.S.

**- Figura 8.2 -**

Vaso profiláctico de la villa romana de las Torres (Almansa).  
J.L.S.



1



2

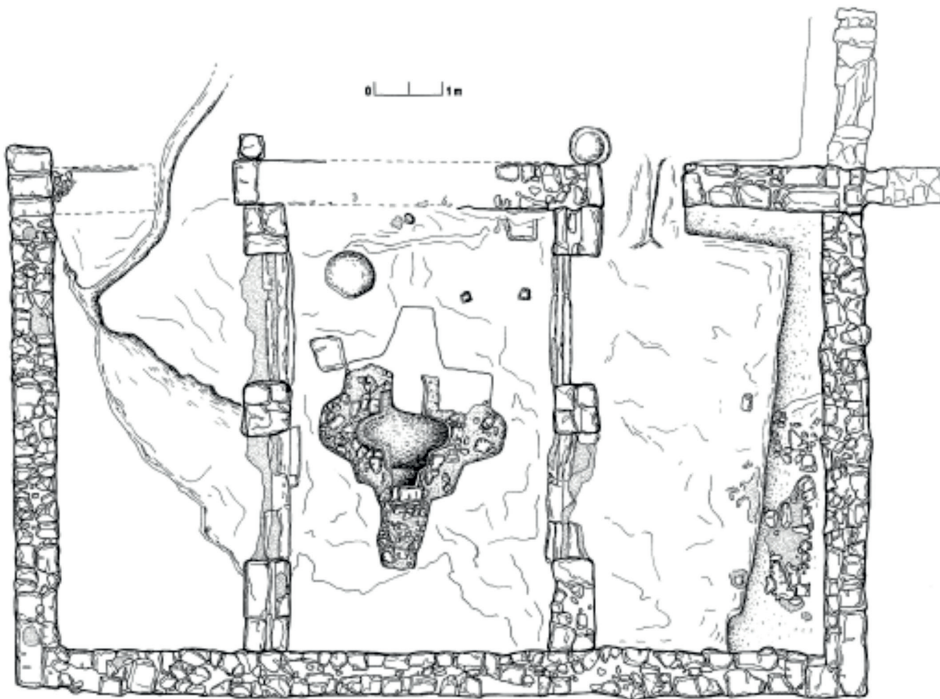
## 6. El agua purificadora en la tardoantigüedad y el mundo islámico

La tradición historiográfica atribuye a los musulmanes la extensión e intensificación de los sistemas de riego en al-Ándalus, afirmación bastante acertada pero basada esencialmente en el estudio de las grandes vegas de la mitad meridional de la Península Ibérica. Pero cabe plantearse qué ocurrió en las zonas donde no existían cauces a partir de los cuales generar estos sistemas de ampliación de la superficie de cultivo mediante el riego, en donde desde hacía milenios la riqueza del territorio estaba en la ganadería y en el cultivo de la tríada mediterránea y donde el agua es un bien escaso que generalmente hay que extraer del subsuelo y donde la integración e islamización de la población fue más lenta y tardía. La respuesta quizás la podamos encontrar en territorios como el objeto del presente trabajo, el sureste de la meseta, en concreto las tierras orientales de Albacete, donde el carácter rural prevalece sobre el urbano (Simón, 2011).

En época tardorromana y medieval, el sureste de la meseta fue un territorio rural con asentamientos especializados en la explotación agropecuaria de carácter familiar, clánicos o tribales. Los enclaves urbanos más próximos eran la madīna Sinctilaya (Chinchilla), emplazada al oeste, Iyyu(h) al-Sahal (el Tolmo de Minateda) al suroeste, mientras que al este se encontraba madīna S<sup>^</sup>āṭjiba (Játiva), estando más alejadas madīna Qūnka (Cuenca) al norte, madīna at-Turab o Balansīa (Valencia) al noreste, madīna Daniyya (Denia) más al este y madīna Mursiya (Murcia) al sureste. Algunos autores han defendido que el núcleo de Villena tuviera el rango de medina, pues en el siglo XI se le menciona como tal, con la toponimia de Bilyāna, pero como es sabido el uso de términos en el mundo musulmán carece de reglas definidas y en ocasiones se menciona un mismo lugar como 'amal-s, husun o medina, como fue el caso de Chinchilla (Mazzoli-Guitard, 2000).

Quizás el uso del agua de forma sacra alcanza uno de sus puntos álgidos en el baptisterio del Tolmo de Minateda, un complejo episcopal de finales del siglo VI o ya en el VII, que pierde su funcionalidad litúrgica en un momento indeterminado del siglo VII. El baptisterio se adosa al lado occidental de la basílica y mantiene su misma disposición tripartita con mayor anchura de la nave central, aunque se desvía ligeramente hacia el sur respecto a su eje principal, de hecho, baptisterio e iglesia conforman un mismo volumen arquitectónico, en el que el primero

depende de la segunda. En la sala central se encuentra la piscina bautismal, de planta cruciforme realizada en opus signinum, con su eje principal alineado con la iglesia y los brazos laterales de forma lobulada, uno de los cuales, el occidental, posee la entrada ritual mediante una escalera. Posteriormente fue reformada en sucesivas ocasiones llegando a la última fase como una pileta, mostrando una ruptura con las fases anteriores. El rito del bautismo mediante la inmersión en agua o agua sobre el fiel se enmarcaba en un circuito litúrgico que terminaba por consagrar al fiel como neófito de la congregación cristiana (Abad, Gutiérrez, Gamo 2000, 217).



**- Figura 9.1 -**  
Plano del baptisterio  
del Tolmo de  
Minateda (Hellín)  
(Abad, Gutiérrez y Gamo  
2000, 204, Fig. 15).



**- Figura 9.2 -**  
Baptisterio del Tolmo  
de Minateda (Hellín)  
(Abad, Gutiérrez y Gamo  
2000, 204, Fig. 15).

La caminería fue, y ha sido, otra de sus constantes de la zona, por lo que la geopolítica a lo largo de la Edad Media determina periodos de aislamiento, como al parecer sucedió en las fases emiral y califal, frente a otros de un claro valor estratégico, en ocasiones singular, especialmente a partir del periodo taifal y almohade. En el periodo de vigencia de la Cora de Tûdmir el Corredor de Almansa queda en un área marginal respecto de los principales núcleos de población, citados en el pacto del conde Teodomiro con 'Abd al-'Aziz, en el 713, -Lurca (Lorca), Mula (El Cerro de la Almagra en Mula), Auryula (Orihuela), Laqant (Alicante), Ils (La Alcudia de Elche), Buq.sr.h (Cabezo Roenas de Cahegín), Balantala (Valencia) y Iyih (El Tolmo de Minateda) (Abad, Gutiérrez y Sanz, 1998). Las tierras orientales de Albacete quedan en una tierra de nadie, fronteriza y de difícil control por la falta de población en la zona, hecho que se verá nuevamente ratificado en las campañas militares del califa Abd ar-Rahman III en el 935 contra los rebeldes de Zaragoza. El califa cordobés utiliza la ruta sur-norte, en el tramo albaceteño, a través de las Lagunas de Ruidera, Balazote, Chinchilla y Puente Torres, para atravesar el Júcar y dirigirse hacia el Norte. Similar ruta empleó el califa almohade Abu Yaçqub Yusuf en el 1172 contra Huete, el cual pasa por las Lagunas de Ruidera (Al-Gudur), Balazote (Balat Suf), Albacete (mary Al-Basit), para de ahí cruzar el Júcar (wadi Yazirat Suqar). Como se puede apreciar en los tres momentos prima la ruta Sur-Norte, frente a la Oeste-Este, que quedará como una ruta de segundo orden hasta la conquista cristiana.

Estas circunstancias empiezan a cambiar durante el periodo taifal, a partir del siglo XI, cuando la caída de Córdoba condujo a una fragmentación política del territorio que generó nuevos intereses en contraposición de los que habían primado hasta el momento. Esto supuso la revitalización de rutas y vías, que hasta la fecha quedaban marginadas o eran secundarias, ante otras que hasta entonces habían sido consideradas más rápidas o habían sido primadas por el poder político en función de intereses geográficos concretos. Es en este periodo cuando el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón son la única salida terrestre de la Taifa de Denia a la antigua Vía Augusta, que unía el litoral Mediterráneo con la Alta Andalucía y, a través de esta, con la Bética.

Uno de los principales papeles de las vías de la comarca fue su uso para la trashumancia comarcal y regional, base esencial de la economía de la comarca tal y como lo señalan las fuentes documentales, tanto islámicas como cristianas, clave en la producción y elaboración de la lana en las tierras albaceteñas, reflejada hasta en la toponimia -en la provincia de Albacete podemos citar la rutba o aduana relacionada con la lana de la cual surge La Roda-, la constante referencia a la elaboración de tapices de lana (wata' as-suf) en Chinchilla (madinat Yinyala), o el propio significado de Balazote (Balat Suf), calzada de la lana (Chavarría 2011).

Toda esta actividad se verá revitalizada tras la conquista y el alejamiento de la frontera, aprovechando rutas preexistentes islámicas para retomar y crear todo un sistema de cañadas, veredas, cordadas y coladas, que permitan el tránsito de ganados de forma franca desde los pastos de verano a los de invierno.

Las principales cañadas que cruzarán la comarca, algunas usadas desde la Prehistoria, serán la Vereda Real de Los Serranos que, con dirección Norte-Sur, une el Sistema Ibérico con el Campo de Cartagena, pasando por Higuera, la parte oriental del actual término de Chinchilla, Bonete, Corral Rubio y Montealegre del Castillo. Es decir, comunica -para la comarca en estudio- el Valle del Júcar con el Altiplano Murciano. En sentido Oeste-Este, nos encontramos con la Vereda Real de Andalucía a Valencia, que, atravesando la parte meridional del término de Chinchilla, llega a Bonete, pasa a Almansa donde se bifurca hacia Valencia, bien por Enguera o por el Puerto de Almansa hacia Fuente la Higuera, o bien se dirige hacia Alicante por Caudete y Villena en dirección hacia Salinas y Pinoso.

A nivel agrícola la población islámica, especialmente a partir de la revolución agrícola de los siglos X-XI, acentúa la puesta en cultivo de espacios irrigados, aprovechando las escasas posibilidades hídricas de la zona. Se trata de espacios escasos, emplazados en los fondos de los valles o cubetas, habitualmente con problemas de avenamiento, es decir, con riesgo de avenidas y encharcamiento, que pueden echar a perder cosechas y núcleos de población, circunstancia muy frecuente en la zona. Baste recordar la lucha mantenida por los almanseños con la Rambla de las Hoyuelas y cuyos antecedentes se remontarían a momentos islámicos, pese a que no ha quedado constancia escrita (Simón y García, 2006). Sin embargo, el aprovechamiento del nivel freático -como ocurre en Almansa, Bonete o Montealegre del Castillo- o la adecuación de las corrientes fluviales de fuentes y manantiales -como las de Caudete, Carcelén y Alpera, mediante qnat, acequias, azudes y albercas, permiten el cultivo de cereales de regadío, determinados frutales y legumbres, con bastante producción y seguridad como para mantener de forma estable núcleos poblacionales de cierta envergadura, capaces de efectuar inversiones en infraestructuras que den rendimientos a medio y largo plazo. Su máxima extensión se alcanza en Caudete con las vegas desarrolladas al pie de la Sierra de Santa Bárbara. Otras de cierta envergadura serán las de Almansa, en el llano de La Huerta y El Hondo y la Vega de Alpera con epicentro en la actual finca de San Gregorio. El resto, como en Chinchilla, Montealegre, Bonete, Higuera o Pétrola, son estrechas vegas a ambos lados del cauce de la rambla o arroyo, pero lo suficientemente prolongadas longitudinalmente como para atender las necesidades de la población de la época (Simón 2011).

El resto de las tierras, por el tipo de suelos, su altitud, sus pendientes o por su escasa roturación -que permite el mantenimiento de un bosque autóctono, esencialmente monte bajo, encinar y pinar- tiene como uso principal el aprovechamiento de los cultivos de secano, la ganadería y la silvicultura, como la alquería de La Graja de Higuera muestra en las investigaciones que venimos realizando. Se trata de una alquería andalusí situada al norte del término municipal de Higuera en el valle de la Cañada de Pajares, cabecera de la Vega de Alpera que se desarrolla más abajo, que discurre en sentido Oeste-Este con una altitud media de 1.000 m sobre el nivel del mar (Jiménez, Simón y Moreno 2021).



**- Figura 10.1 -**  
 Vista general de la  
 alquería islámica de  
 La Graja (Higuera de la  
 Sierra).  
 J.L.S.

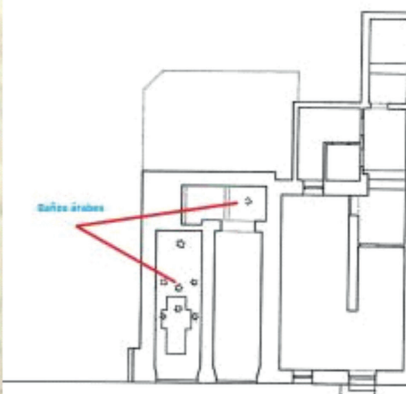
Encauza las aguas de los macizos serranos del sector septentrional de la Sierra de Chinchilla-Higuera de la Sierra y permite el paso de cañadas, cordeles y veredas de ganado, como la Cañada Real de Los Serranos, que une las serranías confluencias con el litoral murciano. La actividad económica de la alquería parece estar orientada, al menos en gran parte, a la ganadería con el fin de aprovechar los recursos de la zona, entre los que se encuentran los pámpanos de las vides, los barbechos y rastrojeras de los cereales, las matas de las leguminosas y en ocasiones excepcionales el esparto. En lo que a la caza concierne, se conoce perfectamente el mantenimiento de caza mayor de corzo, ciervo y jabalí hasta el siglo XVII, mientras que la caza ligada a las lagunas salobres de la zona, tanto aves residentes como migratorias, son citadas por su abundancia en los libros de montería de don Juan Manuel (Pretel, 1992).

Pese a que ya ha quedado apuntado con anterioridad en otros periodos, es necesario señalar las posibilidades de explotación de la sal durante la Edad Media, procedente de las lagunas salobres, motivo por el cual en época cristiana son objeto del control de la hacienda real (Pretel, 1992). Otros productos naturales de alto valor económico serán la grana, un insecto utilizado en el tinte de los famosos paños de lana de la zona, tal y como señalan las fuentes islámicas, en referencia a Chinchilla, que serán objeto de gravamen fiscal en época cristiana (Pretel, 1981). También el esparto y la barrilla, para la fabricación de vidrio, serán otros de los productos naturales de este paisaje de monte bajo mediterráneo.

De un momento tardío, entre las últimas décadas del siglo XII y el siglo XIII serían los baños árabes o hamman de la medina de Chinchilla (García-Saúco y Santamaría 1983, 389), un uso del agua necesario en una comunidad islámica o mudéjar tanto por necesidades higiénicas y sanitarias como preceptivas para el cumplimiento de algunos de los preceptos religiosos. Los baños, con un origen

en la Antigüedad, están relacionados con el agua y en el mundo musulmán es hablar de un elemento, el agua, que alcanza connotaciones sagradas. El agua, creada por Allah, es el origen de la vida como queda recogido en la azora 21, versículo 31 del Corán: “¿No ven, aquellos que no creen, que los cielos y la tierra formaban un todo macizo? A ambos los hendimos, y del agua hemos sacado toda cosa viviente. No creerán”. Ello supone que, al ser creada por Dios, el agua es un elemento puro, no contaminado y que, a su vez, puede servir para purificar. Los baños, y los de Chinchilla no debieron de ser una excepción, poseen un “bayt al maslaj”, el vestíbulo o vestuario, una sala fría o “bayt al-barid”, una sala templada “bayt alwastani”, tras la cual se pasaba “bayt al-sajun”, una sala caliente en donde al tirar agua caliente sobre el suelo, que estaba sobre el hipocausto, normalmente sostenido por pequeños pilares de ladrillo y alimentado desde el horno, “al-burma”, el agua se evaporaba, de tal manera que en realidad se producía un baño de vapor, es decir, una sauna (Izquierdo 2008).

En el caso de Chinchilla, al parecer tan solo se conservan dos naves paralelas orientadas este-oeste, separadas y sin conexión y una tercera nave perpendicular a las mismas, mucho más estrecha; las tres se cubren con bóvedas de cañón y en dos casos se aprecian los lucernarios en forma de estrella abovedada. Una cuestión fundamental con el tema que tratamos es el abastecimiento de agua a estos baños, dado que no conocemos manantiales en la parte alta del cerro donde se asienta la medina/ciudad, por lo que necesario un aljibe encargado de dicho suministro, el cual se cargaba de agua de lluvia, o una conducción hoy desconocida y quizás desaparecida.



2

**- Figura 10.2 -**  
Los Baños árabes de Chinchilla (García-Sauco Belendez y Santamaría 1983, 393).

Tras la conquista cristiana, aunque se siguieron utilizando, los baños ya no tenían el carácter ritual que habían tenido para los musulmanes y con él con el paso del tiempo los baños fueron cada vez menos frecuentados, lo cual ya señalan García-Saúco y Santamaría (1983, 391) pues en época del infante don Juan Manuel ya no funcionaban como baños y su uso sería por las características del edificio como lugar de almacenamiento.

## **7. El agua trashumante en la Edad Media cristiana**

Los “qnat” o minados, tanto para la captación de aguas como para aumentar el caudal de los manantiales, fueron la forma habitual en época islámica y posteriormente cristiana en busca del agua subterránea en la zona, hasta el punto de que más del 60% de las fuentes actuales tienen su origen en este tipo de explotación hídrica (López y Molina 2013). Las referencias documentales más antiguas sobre el sistema de riego asociado a una galería son las de la Fuente de las Dos Hermanas de Alpera (Albacete), de la que se conoce una sentencia arbitral de 1458 sobre la pugna mantenida entre los concejos de Chinchilla y Almansa por su control; (Pereda, 1987) y la de la Labor de Zucaña de Almansa (Albacete), de la que se conserva una copia de las ordenanzas para regular su distribución de 1625.

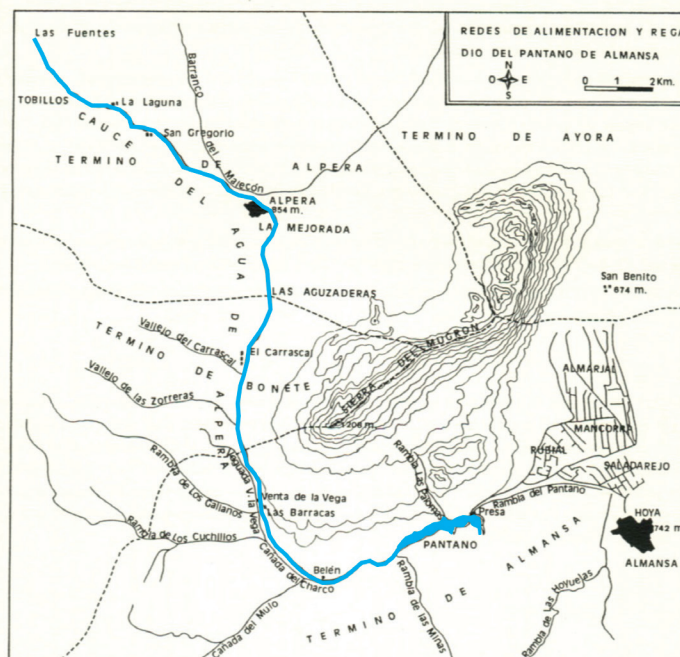
La ampliación y minado de la Fuente de las Dos Hermanas de Alpera permitió la construcción, funcionamiento y regulación de la Acequia de Alpera, una obra hidráulica única en su género, que aún hoy en día sigue en funcionamiento, permitiendo aumentar la productividad de unas tierras mediante la irrigación, lo que posibilitó a su vez un incremento demográfico que llevó a Almansa y su entorno a convertirse en una de las principales villas del Señorío de Villena, siendo el principal motor económico durante la Baja Edad Media, tal y como han señalado autores como Pretel (1999) o Pereda (1986).

Quizás el hecho de que el trazado de la acequia no necesite salvar ningún gran desnivel importante que le hubiera obligado a crear acueductos góticos tan espectaculares como los de Morella, Játiva o Biar, sea la causa de la falta de reconocimiento como infraestructura histórica de singular relevancia.

Sus orígenes se enmarcan en la dinámica de puesta en cultivo y repoblación de la dinastía Manuel desde finales del siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV, situación que mejoró las condiciones de vida de sus vasallos además de incrementar sus propias rentas. Sus antecedentes están en las obras de captación y conducción de varias fuentes de Villena a Elche, y posteriormente a Elda, en 1276. La Acequia de Alpera se realiza en el ámbito de las políticas de expansión agrícola, y con ella de recaudación de impuestos de don Juan Manuel,

y quizás en paralelo -o con posterioridad al acuerdo de 1338 entre Almansa y Chinchilla para la construcción de la acequia y el reparto de su agua- se abre otro canal similar que desvía parte de las aguas del Río Balazote hacia Albacete. Este canal, conectado con otro de drenaje de la Laguna del Acequi6n, posibilitar6 la puesta en cultivo de tierras anegadas de Chinchilla y la creaci6n de peque6os n6cleos de poblaci6n en sus m6rgenes (Pretel y Rodr6guez, 1998), al igual que sucede en el paraje de San Ant6n de Almansa.

La construcci6n debi6 de ser r6pida pues tres a6os m6s tarde del acuerdo con Chinchilla, los de Almansa pod6an ya pactar con los de Caudete el pago por el uso de los abrevaderos ubicados, al parecer, entre la Mejorada de Alpera y la actual presa del Pantano de Almansa. Su caudal permiti6 la construcci6n de molinos hidr6ulicos, con los que moler el cereal de los extensos campos de la comarca, mediante albercas que aumentaban el caudal que mov6a los rodetes, subsanando de este modo la falta de pendiente. Si bien no todos debieron de surgir en momentos medievales, es muy posible que la mayor6a estuvieran en funcionamiento a finales del siglo XV. De ellos conocemos la existencia de nueve molinos en Alpera y tres en el tramo de Almansa. En la Vega de Alpera se sit6an los molinos de las Fuentes, el Molino de Mancorra, el Molino de San Ant6n -actualmente conocido como Casa de Gil-, el Molino de Tobillos, el Molino o f6brica de harinas, el Molino de San Gregorio, el Molino de la Villa, el Molino Nuevo, el Molino de la Mejorada, el Molino de las Aguzaderas, y en Almansa los Molinos de las Barracas (Sim6n y Garc6a, 2006), el Molino de Galiano y el Molino de San Ant6n, vinculado a la capellan6a de la iglesia de Santa Mar6a por don Juan de Otazo a principios del siglo XV, posiblemente en relaci6n con un segundo intento de aumentar la puebla en la zona).



Redes de alimentaci6n y regad6o del Pantano de Almansa.

1

**- Figura 11.1 -**  
Plano de la Acequia de Alpera y la red de regad6o a partir del Pantano de Almansa (Pereda 1986).



2

**- Figura 11.2 -**  
Acequia de Alpera a su paso por la Ermita de Belén. J.L.S.



3

**- Figura 11.3 -**  
Balsa del Concejo de Almansa. J.L.S.

Finalmente, tendremos que sumarle los batanes, pieza clave de la transformación de la lana en paños, pese a la venta masiva de lana a otros territorios y las normas emitidas por don Juan Manuel (Pretel y Rodríguez, 1998). Desaparecidos hoy en día, sabemos de la existencia de un batanejo entre Alpera y la Mejorada, ubicado en la Rambla del Malecón, antiguo cauce de las aguas de Alpera antes de su desvío hacia Almansa en 1338, que le permitía recibir aguas de la acequia, emplearlas y desaguarlas lejos de la acequia principal, evitando su contaminación y los malos olores a la aldea de Alpera. Aparece citado a principios del siglo XIV y era, junto a Jorquera, el lugar donde la lana de Chinchilla se llevaba para su tratamiento.

Si bien la gran obra de traída de aguas a Almansa fue la Acequia de Alpera, no menos importante -y siguiendo posiblemente los resultados de la anterior- fue el aprovechamiento de las Aguas de Zucaña. Éstas se recogen en la Balsa del Concejo, denominación que ha perdurado hasta nuestros días y que permitía el abastecimiento de fuentes públicas y abrevaderos ubicados seguramente a la salida del Camino Real de Valencia y Alicante, servicio vital para un sector tan importante para la villa como el de los arrieros, uno de los negocios seculares y más lucrativos. También permitía el riego, a través del Arroyo o Acequia de Gobierno, de las huertas de El Real, denominación habitual de las tierras propiedad del rey, arrendadas a terceros en enfiteusis para su explotación (Piqueras y Gómez, 1986).

Su aprovechamiento, al menos para riego, debe de situarse en el siglo XV ya que en 1536 el Gobernador del Marquesado de Villena, don Miguel de Luxan, establece al Concejo de Almansa una serie de ordenanzas en las cuales señala la necesidad de agua (Fig. 11.2-3).

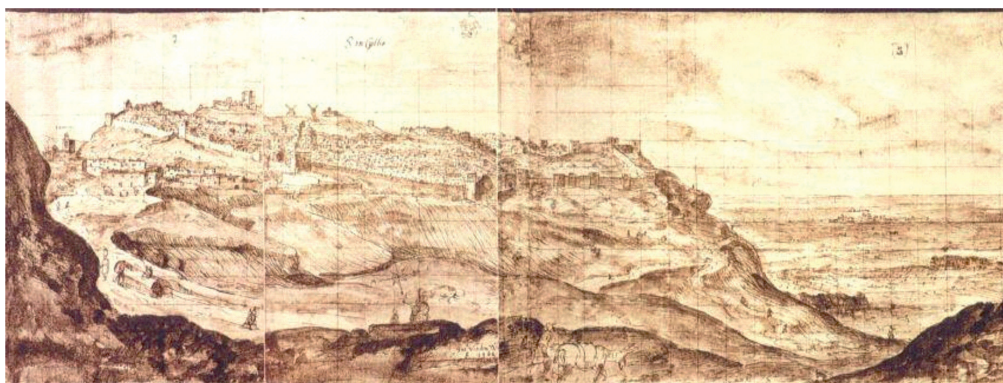
*“Otro si su merçed dixo que, por quanto el es informado que en los molinos que en el termino desta villa ay tienen sus açudes e los limpian los señores de dichos molinos a su costa, e si no les diesen e pusiesen dichos açudes alguna pena para que nyngund ganado pueda entrar en ellos “...Otro si, por quanto su merced fue ynformado que esta villa tienen en la partida de Çucaña, camino de Yecla termino de esta villa, ciertas fuentes de agua manantiales que tan, cerca unas de otras, la qual viene a la fuente e abrevador desta villa donde los vezinos della para beber (Pereda, 1987).*

## 8. El agua urbana en la Edad Moderna

En el siglo XVI los numerosos privilegios de Felipe II y Felipe III nos dan idea de la pujanza y prosperidad de Chinchilla de Montearagón (Pretel, 1992). Se trataba de la principal ciudad del Marquesado de Villena, cruce de los caminos del Levante con el centro peninsular y camino hacia la Alta Andalucía. El siglo XVI es sin duda el de su mayor esplendor, tal y como lo prueba el importante patrimonio urbano, donde compiten edificios religiosos y civiles impulsados por un importante número de familias nobles e hidalgas, propietarias de extensas fincas agrícolas, donde la ganadería local y la trashumancia a través de la Cañada de los Serranos, principal vía de tránsito entre los montes de Cuenca y el Campo de Cartagena, genera para el concejo y sus cargos, una elevadas rentas que se invierten en casonas blasonadas y palacios urbanos. Pero el problema del suministro de agua para las personas, animales y actividades, como el textil y la alfarera, seguían siendo un reto a resolver desde que, al menos desde la Prehistoria Reciente, se había asentado la población en lo alto del Cerro de San Blas, un macizo serrano que domina los Llanos de Albacete, donde no existen cursos fluviales, se da una amplia extensión de lagunas salobres y la única solución para el abastecimiento de agua dulce proviene de su acumulación en aljibes o la excavación de profundos pozos.

Hasta la construcción de los depósitos municipales en la parte alta de la ciudad en la primera mitad del siglo XX, alimentados mediante caudales procedentes de pozos en el llano que son impulsados por motores eléctricos, la única solución para el abastecimiento de agua a la ciudad de Chinchilla fue la combinación de aljibes, el ocasional uso de unos escasos y limitados pozos dentro de la trama urbana y sobre todo el transporte mediante azacanes cargados de tinajas y cántaros que toman el agua para “boca” de las fuentes y aljibes existentes en el vallejo existente entre los cerros de San Blas y San Cristóbal, en la cabecera de la Rambla de la Huerta.

**- Figura 12.1 -**  
Vista de Chinchilla  
de Antón van der  
Wyngaerden. 1563.  
chinchillapordentro.  
blogspot.com



1

**- Figura 12.2 -**  
Patio con aljibe en  
Chinchilla.  
chinchillapordentro.  
blogspot.com



2

**- Figura 12.3 -**  
Patio con aljibe en  
Chinchilla.  
chinchillapordentro.  
blogspot.com



3

Las principales actividades artesanales y comerciales de Chinchilla eran la arriería, la trashumancia, el textil y la alfarería, y todas ellas requerían de un alto consumo de agua para su funcionamiento y desarrollo. La posta de la ciudad, en el camino hacia Madrid y el Levante peninsular, necesitaba del agua para abastecer al intenso tráfico arriero que transitaba por el Camino Real, tanto de reatas de caballerías como de personas, que usan las ventas y posadas para las tareas de posta, además de ofrecer seguridad al viajero y las mercancías, frente a los seculares peligros del viaje. Además, en determinadas épocas del año importantes contingentes de ganado cruzan el alfoz de la villa en su migración anual y todas ellas, tanto las que circulan de oeste a este, por la Cañada de Andalucía, como las que van de noroeste a sureste por la Cañada de Los Serranos, pasan al pie de la ciudad, generando una importante riqueza, pero requiriendo de agua para sus ganados (Díez 2004: 829).

Las dos principales actividades artesanales de la villa, la fabricación textil de paños y alfarería de pucheros y cántaros, necesitaban de importantes contingentes de agua. La fabricación de textiles a partir de la lana de oveja necesita de los batanes para lavar la lana y posteriormente proceder a su tintado para darle color oportuno antes del hilado, por lo que no es de extrañar que el bataneo se realice en el cauce del río Júcar, a su paso por el término de Chinchilla, a unos 28 km de distancia (Sánchez et alii 1982) y el tintado al pie de la ciudad, aprovechando un manantial de la ladera occidental del Cerro de San Cristóbal, del cual hoy en día se conserva el topónimo.

La actividad alfarera necesita el agua para los tratamientos de las arcillas locales, su depuración y amasado (Sánchez, 1989), para lo cual emplea los manantiales del pie del Cerro de San Blas. De ambas actividades queda constancia toponímica en el plano de Francisco Coello de Chinchilla, fechado en 1876, donde aparece en el entorno de la ciudad la Fuente de los Aljibes, junto a la cual está el paraje de Los Tintes, el camino de Los Baños, el Tejar, la Fuente del Pilar, el Baño, etc.

Otros vestigios de la lucha contra esta escasez hídrica han quedado diseminados por toda la ciudad y su entorno y son un testigo de un problema que llega hasta nuestros días. Podemos diferenciar las soluciones adoptadas en dos grupos: dentro de la ciudad, entendido este ámbito como el existente dentro de murallas y en su entorno inmediato, es decir, la base geológica del cerro sobre la que se asienta la ciudad, y en su alfoz o término.

Dentro de la ciudad su fortaleza es quizás el máximo ejemplo de los sistemas adoptados para el suministro y almacenamiento del agua. Desde sus orígenes el castillo contó con aljibes como único sistema de abastecimiento. Dos de ellos se emplazan en el centro de la fortaleza, siendo los de mayor capacidad, otro asociado a la torre del homenaje y dos menores excavados en el foso del castillo (Izquierdo 2011, 197).

El aljibe de mayor capacidad se encuentra casi en el centro de la fortaleza, excavado en la roca con una planta rectangular y cubierto con una bóveda de cañón de ladrillo, de unos treinta metros cuadrados y diez de altura, es decir unos cien m<sup>3</sup> de agua. Se encuentra forrado por un muro de ladrillo de casi un metro de espesor, que a su vez presenta un revestimiento de óxido de hierro, resina de lentisco y arcilla roja, que mejora el mantenimiento del agua y reduce el proceso de putrefacción. Junto al aljibe principal se señala la existencia de un pozo, cuyo uso fue efímero o infructuoso en la búsqueda de agua, lo que llevo a su reconversión en polvorín en la última fase del uso militar de la fortaleza.

El de la torre del homenaje se encuentra en un apéndice en su lado suroriental y se diseñó y ejecutó al unísono, en el tercer tercio del siglo XV, por orden del Marqués de Villena don Juan Pacheco. Esta excavado en la roca, posee unos cinco metros cuadrados, ha perdido la parte superior y presenta un revestimiento de cal hidráulica y almagra.

Con el fin de aprovechar el almacenamiento natural de agua en el foso del castillo, construido en la reforma de la segunda mitad del siglo XV, se excavaron dos aljibes, al parecer, en el ámbito del conflicto de inicios del siglo XIX. Ambos presentan una planta rectangular ligeramente ovalada y una sección troncocónica, con 5'20 y 4'20 de profundidad y carecen de revestimiento para su impermeabilización, lo cual se ha relacionado con su uso exclusivo para animales (Izquierdo 2011).

En la ciudad las soluciones fueron muy similares a las de la fortaleza, especialmente en las viviendas con patio interior, a las cuales vierten las cubiertas, lo que aumenta la superficie de captación de agua que se conduce hacia un aljibe excavado en la base geológica que posee un brocal para poder extraer su contenido cómodamente. Sin embargo, fue habitual el oficio de azacán o aguador, el cual transportaba en mulas cántaros de agua que cargaba en las fuentes de la parte baja de la ciudad, en especial de la vertiente occidental del cerro de San Cristóbal, en la Fuente de los Aljibes alimentada por un manantial, y que por lo general era de mejor calidad que la almacenada en los aljibes domésticos, empleada para otros usos cotidianos (Fig. 12.2-3).

El suministro y acumulación de estas aguas de manantial, cuyo caudal se aumentó mediante minados o “qnat”, se almacenaba en grandes depósitos excavados en el subsuelo. Los mayores se encuentran junto al camino viejo de Madrid a Valencia, a su paso por el collado que existe entre los cerros de San Blas y San Cristóbal, en la calle Arenal, donde se encontraban la mayoría de las posadas. Su construcción debió correr a cargo del concejo municipal, al igual que su mantenimiento. Poseen un revestimiento interior de sillería forrada con mortero de cal hidráulica y almagra y unos brocales de pieza de planta octogonal, junto a los cuales se emplazan dos sillares con un hueco semiesférico para alojar los cántaros.

Al otro lado, en la ladera occidental del cerro de San Blas, se encuentra la Fuente del Pilar, junto al camino que desde Albacete lleva a Chinchilla y a la vieja carretera de Valencia por Almansa. La fuente posee el diseño clásico de las fuentes públicas del renacimiento, con un muro de donde salen varios caños que vierten en un pilón o abrevadero alargado y rectangular, que una vez lleno rebosa por un aliviadero que lleva el agua hacia los campos colindantes. Junto al resto de caminos que salen de la ciudad se emplazan pozos, como el del Camino de Balazote, que se suministran del nivel freático y tienen junto a ellos pilones para el ganado y las caballerías.

## 9. El agua helada

Utilizado desde la Antigüedad con fines terapéuticos, el hielo generó a partir del siglo XVI un conjunto de construcciones, de sobria y funcional monumentalidad, destinadas a su producción y almacenamiento. En torno a ellas se desarrolló un complejo entramado socioeconómico, con rígidas normas que regulaban las actividades de empozadores, arrendadores, trajineros y comerciantes. Los adelantos tecnológicos condenaron, sin embargo, al olvido a los pozos de nieve, cuyas estructuras se esconden todavía en los alrededores de los pueblos y en los más ásperos rincones de las sierras.

En el tránsito del XVI al XVII se produce la definitiva consolidación del comercio de la nieve, basada en tres factores. En primer lugar, el uso terapéutico de la nieve sustentado en una amplia literatura médica sobre el tema del que se habla en el párrafo anterior. Importantes publicaciones especializadas en medicina impresas en esos siglos tienen amplios apartados que versan sobre la nieve. En segundo lugar, en asuntos puntuales, como consecuencia de lo anterior, una gran popularización del consumo: la nieve dejará de ser privativa de las clases elevadas y pasará a considerarse un artículo de primera necesidad entre amplias y diversas capas sociales. Por último, unas condiciones climáticas que favorecieron el acopio y almacenaje de ese producto, circunstancias que se sintetizan en la denominada Pequeña Edad del Hielo.

A lo largo del siglo XIX fue, sin duda, un negocio floreciente al estar presente en diversos aspectos de la vida cotidiana de las gentes, pero desapareció y quedó de alguna forma «congelado» y olvidado en unos pocos años con la llegada de los modernos métodos de refrigeración; en este caso específico, con la aparición y el desarrollo rápido e imparable de las fábricas de hielo artificial.

Muchos de ellos han desaparecido, como el de Almansa, que aparece en el grabado de Antón van der Wiyngaerde de 1563, otros permanecen olvidados, como el de la Sierra de Santa Bárbara en el término de Caudete y quizás el mejor ejemplo de la comarca sea el de Alpera, que afortunadamente ha iniciado un proceso de recuperación. En todos ellos su uso fue marcadamente local, si bien en algún momento pudieron suministrar su producción a las redes comerciales comarcales y forman junto con los del Altiplano de Yecla-Jumilla un conjunto que suministró hielo tanto a pueblos de Alicante como de Murcia.

La forma de producción era o bien mediante balsas que se llenaban de agua y al amanecer, aprovechando las bajas temperaturas de los meses de invierno, se cortaba el hielo y se almacenaba en el pozo o se aprovechaban las nevadas para cosechar, rellenar y compactar la nieve hasta su conversión en hielo, separando cada cierto espesor las capas mediante camas de paja. Para ello la construcción consistía habitualmente de una cúpula de mampostería irregular trabada con mortero, que en el caso de Alpera alcanza los 10 m de altitud y se apoya sobre un tambor poligonal realizado con la misma técnica, un dodecágono de 5 m de lado y 2 m de altura y 1 m de espesor. En dicho tambor se abren tres puertas rectangulares de carga. La cubeta excavada en la base geológica posee 17'50 m de diámetro y una profundidad de 15 m de profundidad, con una capacidad estimada de 1700 m<sup>3</sup> o 136.000 arrobas de nieve. No sabemos si tendría un canal de desagüe, pero siguió los parámetros del pozo de nieve de la zona de la Sierra Espuña, al menos en opinión de Ramón y Ramírez (1993, 42).

Estos restos, silenciosos monumentos, constituyen un valioso e importante ejemplo de arquitectura popular, caracterizado por la sencillez, austeridad y funcionalidad de sus formas, cuya construcción presenta muchas variantes, aunque se puede distinguir un conjunto de rasgos generales y significativos que determinan su tipología. La comarca del corredor de Almansa por su climatología mediterránea, pero con características continentales, no fue ajena a un uso del agua, en este caso del hielo, tan contradictorio respecto a lo expuesto en otros apartados del presente trabajo y todo ello pese a que entre la población actuales se escucha la frase “Ya no nieva como antaño”.

(Página siguiente)

**- Figura 13.1 -**  
Pozo de nieve de  
Caudete. J.L.S.

**- Figura 13.2 -**  
Pozo de nieve de  
Alpera. Drones  
Alicante.



1

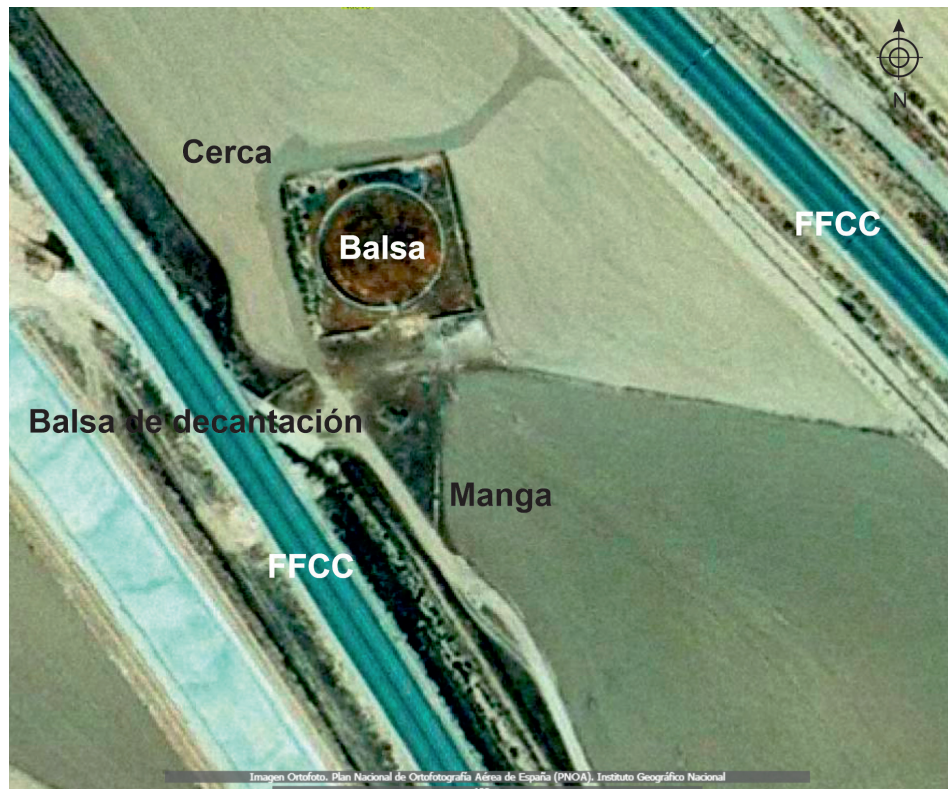


2

## 10.- El agua desbocada en la Edad Contemporánea

Finalmente cabe señalar el intento de aprovechar las aguas de avenida, especialmente las procedentes de las tormentas de verano, o como se les denomina ahora, de fuerte intensidad horaria, en las cuales los agricultores veían destrozadas sus cosechas por la inundación o el pedrisco, y los ganaderos como se perdía en unas horas una gran cantidad de agua que podría servir para dar de beber a sus ganados durante semanas. El modo natural de acumulación de estas aguas era en las navas o navazuelas, depresiones naturales con un suelo en parte impermeable, que permitía a los ganados abrevar mientras el agua no se filtraba o evaporaba.

Con el fin de mejorar, aumentar y controlar este tipo de avenidas para su aprovechamiento, a unos escasos cuatro kilómetros de Chinchilla, junto al camino viejo de Albacete, frente a la Venta de la Paloma y el Cerro de los Pastores, en el paraje de La Losilla, topónimo que parece que hace referencia a un enlosado o empedrado del camino o a que las avenidas habían dejado al descubierto el estrato rocoso, se encuentra la balsa o presa de La Losilla, junto a la aldea del mismo nombre, si bien hoy en día ha quedado entre dos trazados de ferrocarril.



- Figura 14.1 -  
La Losilla (Chinchilla,  
Albacete). Vista  
aérea.



**- Figura 14.2 -**  
La Losilla (Chinchilla,  
Albacete).  
Vista del interior del  
depósito. J.L.S.

En la parte baja y final del ramblizo se construyó un embalse de planta circular de 29 m de diámetro y 3 m de profundidad, revestido de mampostería de piedra caliza (Fig. 14.2), por lo que su capacidad sería de casi 2000 m<sup>3</sup> de agua (2.000.000 litros). El agua se recogía mediante una manga o calle de planta troncocónica consistente en dos muros de mampostería que a modo de embudo que recoge las aguas que bajan por la rambla y las conduce hacia el interior del embalse mediante un canal subterráneo que es regulado por varias boqueras realizadas en sillares de caliza donde encaja una paleta o tablón. Esto permite que el agua pase por debajo del muro perimetral, de 30 m de lado, realizado en tapial de tierra, lo que obliga a realizar una coronación a dos aguas con tejas curvas para evitar su erosión. Para controlar la erosión del caudal entrante en la balsa, se instaló en la pared del depósito un sillar en forma de U a modo de caño, que nos indica el nivel hasta el cual se llenaba la balsa. Para evitar que los arrastres de lodos terminasen por colmatar la acequia y el depósito, se construyó una balsa de decantación constructivamente similar al embalse o alberca, pero debió de ser insuficiente durante alguna de las avenidas de agua, pues quedó anegada de barro. La cerca indica un uso restrictivo o privativo del agua, por lo que pudo ser o una iniciativa privada, de una agrupación de ganaderos, o del concejo municipal, el cual esperaba cobrar un canon por su uso.

Su origen y su abandono están por determinar, pero se vio afectado por la construcción en 1858 de la línea del ferrocarril, por lo que podríamos situar su realización entre finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Las prospecciones arqueológicas de la zona han constatado la existencia de un asentamiento de época romana, lo que nos indica la importancia del lugar, donde quizás con antelación ya existía un recurso, seguramente el agua, vital para las caballerías y viajeros por la zona.

## 11. Conclusión

La máxima biológica de que “sin agua no hay vida, o no hay vida sin agua” no solo es cierta sino que si entendemos a nuestra especie como un ente eminentemente social, el agua es un recurso imprescindible, aunque su presencia sea mínima, como en los desiertos, o máxima, como en los polos, pero sin ella los humanos no podemos existir como ente colectivo, por lo que su estudio y análisis es fundamental para aproximarnos a las motivaciones, características y circunstancias en las que se vieron envueltas las comunidades de un determinado territorio. En nuestro caso, en el ámbito aquí analizado, es sin lugar a duda el factor determinante para entender aspectos como la elección de los lugares habitados, en muchas ocasiones las causas de su posterior abandono, las actividades económicas que se dieron en ellos y su entorno, con sus posibilidades y limitaciones, la densidad que podía soportar el medio y muchos de los cambios que acontecieron a lo largo de los siglos.

El sureste de la Meseta y más concretamente las tierras orientales de Albacete se caracterizan por carecer de cursos permanentes de agua, quedando enmarcadas entre el Cañón del Júcar, cuyo tránsito encajado impide cualquier tipo de desvío de parte del caudal, y el río Segura, delimitado por relieves que le obligan a alejarse hacia el sureste peninsular. Entre ambos un altiplano salpicado de lagunas salobres, manantiales de escaso caudal y un nivel freático oscilante que igual aflora en superficie que se retrae a cotas que dificultan su acceso y extracción. Para habitar este espacio las comunidades humanas tuvieron que desarrollar estrategias variadas y complementarias, aumentando el caudal de los manantiales mediante minados subterráneos o “qnat” y aljibes alimentados por fuentes o el agua de lluvia, llegando a intentar aprovechar las aguas de riada. Estas condiciones, junto a las climáticas y geológicas, suponen la imposibilidad de una agricultura de regadío, que se limita a las estrechas, cortas y escasas vegas, por lo que la producción fue, y aún hoy en día es, la triada mediterránea. Sin embargo, el medio es óptimo para la ganadería mediterránea, especialmente de oveja y cabra, que ha sido, junto con la elaboración de los productos secundarios como la lana y la leche, el principal recurso y motor económico de sus pobladores. A ello se le suma el tránsito de viajeros, mercancías y ganados, al ser una de las zonas de conexión entre el interior y la periferia peninsular, pero que requieren de unas infraestructuras y servicios donde el agua es imprescindible para bestias y personas.

Como se habrá podido comprobar, la sucesión de los cambios culturales desde la Prehistoria hasta la actualidad, se ha ido produciendo de forma paralela a la de otros territorios próximos, pero sin lugar a duda el recuso del agua ha supuesto un condicionante que solo ha podido ser paliado mediante ingeniosas y oportunas soluciones que han permitido atenuar su escasez y características, algo que solo las comunidades humanas como colectivo son capaces de afrontar.

## 12. Bibliografía

- ABAD CASAL, L. Gutiérrez Lloret, S. y Gamon parras, B. 2000: "La basílica y el baptisterio del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete). Archivo Español de Arqueología 73, 193-221.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. 1986: La cerámica pintada romana de tradición indígena en la península ibérica. Centros de producción, comercio y tipología, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y MONEO, T., 1995: "Un posible abrigo-santuario en Meca (Ayora, Valencia)". Homenaje a A.M.<sup>a</sup> Muñoz Amilibia. Verdolay ,7, pág. 251-258.
- ALONSO TEJADA, A. Y GRIMAL NAVARRO, A. 1999: Introducción al arte levantino a través de una estación singular: la Cueva de la Vieja (Alpera, Albacete). Asoc. Cultural Malecón.
- ALONSO TEJADA, A. Y GRIMAL NAVARRO, A. 2001: "Acerca del estudio del Arte Levantino". Millars: Espai i Historia 24, 87-110.
- BLÁNQUEZ PÉREZ J. 1990: La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta (estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete). Instituto de Estudios Albacetenses.
- BLÁNQUEZ PÉREZ J. 1995: El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000. Catálogo de la exposición. Toledo.
- BRONCANO, S. Y ALFARO, M.<sup>a</sup> M., 1990: Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia), Excavaciones Arqueológicas en España, nº 162. Madrid.
- BRONCANO, S. Y ALFARO, M.<sup>a</sup> M., 1997: Los accesos a la ciudad ibérica de Meca mediante sus caminos de ruedas. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., nº 92. Valencia.
- BRONCANO RODRÍGUEZ, S., 1986: El Castellar de Meca. Ayora (Valencia), Textos. Excavaciones Arqueológicas en España, nº 147, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1915: El arte rupestre en España. Memoria nº 1 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Madrid.
- CANO VALERO, J. (Coord.) 2000: Historia de la provincia de Albacete. Ed. Azacanes
- CARRASCO SERRANO, G. 2002: "Notas sobre el poblamiento romano en el ámbito provincial de Albacete". II Congreso de Historia de Albacete, Vol. I, pág., 213-218.
- CASADO MORAGÓN, F; GARCÍA BLEDA, A.; SARRIO TIERRASECA, A; CRUZ GARCÍA, J.; ANDRÉS GALLEGO, M.R.; NAVARRO, E.; SERRANO NAVARRO, J. Y GONZÁLEZ GÓMEZ, J. 1985: "Aproximación al estudio geográfico de zonas de interés arqueológico en el área de Montearagón-Almansa". AI-Basit nº 17, pág. 63-84 Albacete.

- CHAVARRÍA VARGAS, J.A. 2011: Cuando Castilla-La Mancha era Al-Andalus. Geografía y Toponimia. Ed. Aldmud.
- DÍEZ SANZ, E. 2004: "Ganadería trashumante, poder económico e influencia institucional: las compañías de ganado en la Meseta Oriental durante el reinado de Felipe II". VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. Coord. por Francisco José Aranda Pérez, Vol. 2, pág. 823-832.
- ESPEJO MURIEL, C. 2002: "El espacio religioso en el sur peninsular". Iberia: Revista de la Antigüedad, Nº 5, pág. 79-112.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, H. 2005: Cartografía Albacetense. Instituto de Estudios Albacetenses.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M; FERNÁNDEZ-POSSE, Mª. D.; GILMA, A Y MARTÍN, C. 1990: "La Edad del Bronce en la Mancha Oriental". Symposium sobre la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Toledo, pág. 243-290.
- FERNÁNDEZ-POSSE DE ARNAIZ, Mª. D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. Y BRODSKY, M. 2008: Las comunidades agrarias de la Edad del Bronce en La Mancha Oriental: (Albacete). CSIC. Madrid.
- GAMO PARRAS, B. 2011: "De Hispania a Al-Andalus: época romana y visigoda en las tierras de Almansa". Jornadas de Estudios Locales nº 9, pág. 143-165.
- GARCÍA-SAÚCO BELÉNDEZ, L. Y SANTAMARÍA CONDE, A. 1983: "Unos baños árabes en Chinchilla". I Congreso de Historia de Albacete, Vol. 1, 389-397.
- GRIMAL NAVARRO, A. Y ALONSO TEJADA, A. 2016: Las Pinturas de la Cueva de la Vieja (Alpera, Albacete). El Calco de la Comisión de investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. En Edición Facsímil. Museo Nacional de Ciencias Naturales. CSIC.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. Y LOMBA MAURANDI, J. 2004: "Cronología y significado de las insculturas del Sureste peninsular" Anales de Arqueología de Murcia 22, 9-32.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M; SIMÓN GARCÍA, J.L. 1985: "Pinturas rupestre en el Barranco del Cabezo del Moro (Almansa, Albacete). Lucentum 4, 89-96.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M; SIMÓN GARCÍA, J.L. Y LÓPEZ MIRA, J.A. 1994: Agua y Poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete). Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha nº 9. Albacete.
- IZQUIERDO BENITO, R. 2008: "Vida cotidiana y cultura material: el baño en el mundo islámico". Luz de ciudades: homenaje a Julio Porres Martín-Cleto. 128-153.
- IZQUIERDO MECÍA, D. 2011: "El Castillo de Chinchilla de Montearagón". Al-Basit nº 56, pág. 170- 204.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P., SIMÓN GARCÍA, J.L. Y MORENO NARGANES, J.M. 2021: La alquería andalusí de La Graja (Higuera): poblamiento y economía campesina en la Mancha Oriental: primera campaña de excavaciones. Instituto de Estudios Albacetenses.

- JORDÁN MONTES, J.F. Y CONESA GARCÍA, C. 1992: "Aguas termales y mineromedicinales en el valle bajo del río Mundo (Hellín, Tobarra, Albacete)". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia antigua*, N° 5, pág. 483-514.
- LILLO CARPIO, P.A. 1993-1994: "Notas sobre el templo del Santuario de La Luz (Murcia)". *Anales de prehistoria y arqueología*, N° 9-10, pág. 155-174.
- LÓPEZ SANZ, G. Y MOLINA CANTOS, R. 2013: "Inventario de fuentes y manantiales del término municipal de Almansa (Albacete)". *Universidad Popular. Almansa*.
- LORRIO ALVARADO, A. 2011: "El Castellar de Meca: anatomía de un oppidum ibérico". *Jornadas de Estudios Locales* n° 9, 93-141.
- LUCAS PELLICER, M.R. 1979: "Santuarios y dioses en la baja época ibérica". *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, 233-293.
- MAZZOLI-GUINTARD, C. 2000: *Ciudades de Al-Andalus. España y Portugal en la época musulmana (s.VIII-XV)*. Ed. Almed.
- MEJÍAS MORENO, M, BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. DEL POZO TEJADO, J. Y MORALEDA SIERRA, J. 2014: "Los primeros aprovechamientos de aguas subterráneas en la Península Ibérica. Las motillas de Daimiel en la Edad del Bronce de La Mancha". *Boletín Geológico y Minero*, Vol. 125, N° 4, pág. 455-474.
- MOLINA GARCÍA, J. 1996: "Campo de Petroglifos del Arabinejo. Yecla (Murcia)". *Memoria de Arqueología. Segundas Jornadas de Arqueología Regional*, 1991, 33-38.
- MOLINA, M<sup>a</sup>.C. Y MOLINA, J. 1991: *Carta arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990*. Murcia. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- MONEO RODRÍGUEZ, T., 2003: "Religión Ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)". *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 20. Real Academia de la Historia. Madrid.
- MORA MORENO, J. Y LÓPEZ ROS, J. 1988: "Itinerarios geológicos de la provincia de Albacete: Fuente-Álamo, Montealegre del Castillo, La Higuera, Corral-Rubio, Higuera, Almansa". *Al-Basit* n° 24, pág. 153-203.
- NÁJERA, T, AGUAYO, P, Y MOLINA, F. 1979: "La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) Campaña de 1979". *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, N° 4, pág. 265-294.
- NÁJERA, T. Y MOLINA, F. 2004: "Las Motillas: un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha". *La Península Ibérica en el II milenio A. C.: poblados y fortificaciones*. Coord. por Rosario García Huerta, Francisco Javier Morales Hervás, pág. 173-214.
- OLMOS ROMERA, R. 1992: "Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. V, 103-120.

- PEREDA HERNÁNDEZ, M.J. 1986: La construcción de la presa del Pantano de Almansa y el desvío de la Rambla de las Hoyuelas. Cuadernos de Estudios Locales nº 1. Almansa.
- PEREDA HERNÁNDEZ, M.J. 1987: "Pugna entre los concejos de Chinchilla y Almansa por las aguas de Alpera. Mediación de don Juan Pacheco y Sentencia Arbitral de 29.09.1458". Congreso del Señorío de Villena, pág. 275- 282.
- PERÉX AGORRETAU, M.J. 2012: "Uso terapéutico del agua en época romana: el caso de Navarra". Trabajos de Arqueología de Navarra 24, pág. 131-141.
- PIQUERAS GARCÍA, R. Y GÓMEZ CORTES, J. 1986: Las inundaciones en Almansa. Un fenómeno repetido a lo largo de la Historia (1570-1986). Cuaderno de Estudios Locales nº 2. Asociación Torre Grande.
- PLA, E. Y BONET, H., 1991: "Nuevos hallazgos fenicios en yacimientos valencianos (España)". Festschrift für Wilhelm Schüle zum 60. Geburtstag überreicht von Schülern und Freunden. Veröffentlichung der Vorgeschichtlichen Sonderband, 6. Seminars Marburg. Internationale Archäologie, 1. Marburg, pág. 245-258.
- POVEDANAVARRO, A. M. Y NAVARRO SUÁREZ, F. J. (EDS.), 2009): "Sexo y erotismo: Roma en Hispania". Catálogo de la Exposición. Museo Arqueológico de Murcia (6 de mayo - 5 de julio de 2009). Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
- PONCE HERRERO, G. 1988: "La circulación de las aguas y las dificultades de avenamiento en el corredor de Almansa". Investigaciones Geográficas, 6, pág. 33-48.
- PONCE HERRERO, G. 1989: El corredor de Almansa: estudio geográfico. Instituto de Estudios Albacetenses. Núm.40.
- PONCE HERRERO, G. Y SIMÓN GARCÍA, J.L. 1998: "Contribución al estudio del itinerario de la Vía Augusta. Los restos de una calzada en el corredor de Almansa". I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, Vol. 4, 161-170.
- PRETEL MARÍN, A. 1981: Almansa Medieval. Una villa del señorío de Villena en los siglos XIII, XIV y XV. Almansa.
- PRETEL MARÍN, A. 1992: Chinchilla Medieval. I.E.A. Albacete.
- PRETEL MARÍN, A. 1999: "Edad Media". Historia de la Provincia de Albacete. Ed. Azacanes. 93-227.
- PRETEL MARÍN, A. Y RODRÍGUEZ LLOPIS, M. 1998: El señorío de Villena en el siglo XIV. I.E.A. Albacete.
- RAMÓN BURILLO, J.A. Y RAMÍREZ PIQUERAS, 1993: "El pozo de nieve de Alpera". Zahora 31, 37-50.
- RUIZ LÓPEZ, J.F. 2009: "Cazadores y presas: simbolismo e interpretación social de las actividades cinegéticas en el arte rupestre levantino". Archaeobios 3, 126-148.
- SÁNCHEZ FERRER, J. 1989: El alfar tradicional de Chinchilla de Montaragón. Instituto de Estudios Albacetenses.

- SÁNCHEZ FERRER, J., CANO VALERO, J. Y DE LUNA CAMPOS, M. 1982: La manufactura textil en Chinchilla durante el siglo XV, según algunas ordenanzas de la ciudad. Instituto de Estudios Albacetenses.
- SANZ GAMO, R. 1997: Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete. Los siglos de transición. Albacete. Instituto de Estudio Albacetenses.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 1986: "El Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), Las Peñuelas (Pozo Cañada-Chinchilla) y La Mina de don Ricardo (Tiriez-Lezuza). Tres yacimientos de la edad del Bronce en Albacete". *Lucentum V*, pág. 17-44.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 1987: La Edad del Bronce en Almansa. I.E.A. Serie estudios nº 34 Albacete.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 1998: "Contribución al estudio del mundo romano en Almansa". I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, Vol. 4, pág. 97-105.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 2002: "Elementos arqueológicos de la cultura ibérica en Almansa". II Congreso de Historia de Albacete, Vol. I, pág. 145-154.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 2011: Castillos y Torres de Albacete. Instituto de Estudios Albacetenses. Nº 200.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. 2011: "El poblamiento islámico en el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón: los andalusíes olvidados". *Jornadas de Estudios Locales nº 9*, 167-266.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. Y BUSQUIER CORBÍ, J.D. 2016: "Las Torres (Almansa, Albacete), acercamiento al mundo rural de los siglos I a.C. al II d.C.". *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*. 609-632.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. Y GARCÍA SÁEZ, J. 2006: "Arquitectura Gótica en Almansa". XII Jornadas de Estudios Locales. Almansa, pág. 23-124.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. Y SEGURA HERRERO, G. 2009: *Cartas Arqueológicas de los términos de la Comarca de Monte Ibérico Corredor de Almansa (Albacete)*. Grupo de Acción Local de Monte Ibérico y Corredor de Almansa/Junta de Comunidades de Castilla La Mancha. Albacete.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. Y SEGURA HERRERO, G. 2011: "El poblamiento prehistórico en el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón". *Jornadas de Estudios Locales nº 9*, pág. 21-91.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. Y SIMÓN OLIVER, F. 2018: "Agua y poblamiento en el sureste". *Murgetana 138*, Murcia, pp. 101-132.
- SOLER GARCÍA, J.M. 1987: *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Villena. Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert".
- SORIA COMBADIERA, L., 2000: *La cultura ibérica en la provincia de Albacete. Génesis y evolución a través del estudio del poblamiento*. Tesis Doctorales. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca. (Edición en microficha).

- TORIJA LÓPEZ, A. 1999: Creencias, símbolos y ritos religiosos. Pieza del Mes, Ciclo 1999-2000. Museo Arqueológico Nacional.

- ZUAZO PALACIOS, J., 1916: Meca (contribución al estudio de las ciudades ibéricas) y Noticia de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Alba



